



Mucho más abundantemente

*La historia de una vida en la que
Dios hizo mucho más de lo que
podía pedir o entender...*



“Y a Aquel que es poderoso para hacer
todas las cosas mucho más abundantemente
de lo que pedimos o entendemos,
según el poder que actúa en nosotros,
a él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús
por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén.”

Efesios 3:20-21



ÁLVARO RUBILAR CAMPOS



© 2026 Álvaro Rubilar Campos.
Todos los derechos reservados

CONTENIDO

PREFACIO.....	7
UNA HISTORIA ESCRITA POR LA GRACIA	8
PRÓLOGO 11	
CUANDO DIOS FORMA A UN SIERVO ANTES DE ENVIARLO	11
INTRODUCCIÓN	14
UNA HISTORIA QUE COMENZÓ ANTES DE QUE YO ENTENDIERA EL LLAMADO	14
CAPÍTULO 1: UNA VIDA FORMADA POR DIOS.....	17
1.1. MUCHO MÁS ABUNDANTEMENTE: UNA VIDA FORMADA POR LA GRACIA DE DIOS.....	17
1.2. FORMADO POR LA PALABRA DESDE LA INFANCIA	18
1.3. LA ESCUELA BÍBLICA DEL HOGAR	20
1.4. EL LLAMADO COMENZÓ ANTES DEL PÚLPITO.....	21
1.4.1. Traslado a Temuco – Anécdota de la Biblia.....	21
1.4.2. Primera predicación	23
1.4.3. Trabajo de Escatología.....	23
1.5. UNA PASIÓN NACIDA ENTRE CUERDAS Y TECLAS	26
1.5.1. Banca de músicos.....	26
1.5.2. Teclas de marfil amarillento	27
1.6. APRENDIENDO A AMAR LA IGLESIA	28
1.7. UN LLAMADO QUE NACIÓ EN MEDIO DEL SERVICIO	29
1.7.1. Seminario versus Universidad	31
1.8. ANÉCDOTA DE LA BIBLIA COMENTADA POR SCOFIELD.....	32
1.9. MIS MAESTROS FAVORITOS DE LA BIBLIA	33
CAPÍTULO 2: UNA FAMILIA EN EL SEÑOR.....	35
2.1. CONOCER A QUIEN SERÍA MI ESPOSA	35
2.1.1. Matrimonio	36
2.2. UNA ESPERA MARCADA POR LA FE.....	38
2.2.1. Embarazo complicado	38
2.2.2. Nueva complicación	40
2.3. LA LLEGADA DE ESTEBAN: UNA VIDA RECIBIDA COMO REGALO	41
2.4. DIOS TAMBIÉN FORMA FUERA DEL SEMINARIO	42
2.4.1. Éxito profesional	42
2.4.2. Una Demanda permanente.....	43
2.5. LA FAMILIA EN MEDIO DEL CRECIMIENTO PROFESIONAL	45

CAPÍTULO 3: ETAPA MINISTERIAL	47
3.1. LO QUE DIOS ESTABA FORMANDO EN MÍ	47
3.2. TRANSICIÓN DE ETAPA PROFESIONAL A MINISTERIAL	49
3.3. VOLVER A ESTUDIAR CON UNA NUEVA PERSPECTIVA	51
3.4. PRIMERA PUERTA MINISTERIAL	53
3.5. ANTES DEL MINISTERIO, DIOS FORMA AL SIERVO	55
3.6. EL PASTOR SE FORMA ANTES DE PASTOREAR	57
3.7. NUEVA ETAPA MINISTERIAL	58
 CAPÍTULO 4: ETAPA DE MADUREZ	60
4.1. UNA HIJA RECIBIDA POR AMOR: LA HISTORIA DE MELISA	60
4.2. DIOS SIGUE FORMANDO HERRAMIENTAS PARA EL FUTURO	63
4.3. UNA NUEVA MIRADA SOBRE LA ADMINISTRACIÓN: FINANZAS	64
4.4. UNA NUEVA ETAPA TEOLÓGICA: NUNCA DEJAR DE APRENDER	65
4.4.1. Licenciatura en Teología	65
4.4.2. Magister en Teología Pastoral	66
4.5. LA OBRA CONTINUA DEL MAESTRO	68
 CAPÍTULO 5: SERVICIO	70
5.1. CUANDO LA FORMACIÓN SE CONVIERTE EN SERVICIO: EL PASTOR EN LA VIDA REAL	70
5.2. DEL CONOCIMIENTO AL CUIDADO	72
5.3. LA IGLESIA COMO ESCUELA DEL CARÁCTER	74
5.4. PREDICAR: MUCHO MÁS QUE COMUNICAR UN MENSAJE	75
5.5. LA MÚSICA Y EL MINISTERIO DEL CORAZÓN	77
5.6. LIDERAR UNA IGLESIA: MÁS ALLÁ DEL PÚLPITO	79
5.7. LAS PERSONAS COMO PRIORIDAD	81
5.8. UNA VISIÓN MÁS AMPLIA DEL LLAMADO	83
5.9. LA GRACIA QUE SOSTIENE	84
 CAPÍTULO 6: UN SIERVO FORMADO POR LA GRACIA	87
6.1. CUANDO DIOS TRANSFORMA CONOCIMIENTO EN SERVICIO: LA FORMACIÓN DEL PASTOR EN LA VIDA REAL	87
6.2. EL SEMINARIO Y LA REALIDAD DEL MINISTERIO	89
6.3. EL PASTOR QUE APRENDE CAMINANDO	91
6.4. SERVIR MÁS ALLÁ DEL PÚLPITO	93
6.5. LA RIQUEZA DE UNA FORMACIÓN DIVERSA	95
6.6. LA GRACIA DE SEGUIR APRENDIENDO	97
6.7. UN SIERVO FORMADO POR LA GRACIA	99

CAPÍTULO 7: LA FIDELIDAD DE DIOS	102
7.1. CUANDO EL CAMINO SE VUELVE MÁS PROFUNDO: LA FIDELIDAD DE DIOS EN LAS TEMPORADAS DIFÍCILES	102
7.2. EL MINISTERIO NO ES UNA LÍNEA RECTA.....	104
7.3. LAS PERSONAS SON EL CENTRO DEL MINISTERIO	106
7.4. APRENDIENDO QUE LIDERAR TAMBIÉN SIGNIFICA SERVIR.....	108
7.5. LAS TEMPORADAS DE CAMBIO TAMBIÉN SON PARTE DE DIOS	110
7.6. LA IGLESIA COMO UNA MISIÓN, NO SOLAMENTE COMO UN LUGAR	112
7.7. CUANDO DIOS ABRE NUEVOS CAMINOS	114
7.8. UNA NUEVA ETAPA DE SERVICIO.....	116
 CAPÍTULO 8: ARC MINISTRY	118
8.1. DE LA PREDICACIÓN AL LEGADO: CUANDO DIOS TRANSFORMA UNA VOZ EN UN MENSAJE QUE PERMANECE	118
8.2. UNA PASIÓN QUE NACIÓ ANTES DE ESCRIBIR	120
8.3. LA ENSEÑANZA COMO UNA RESPONSABILIDAD ESPIRITUAL	122
8.4. LA ESCRITURA COMO UNA NUEVA ETAPA MINISTERIAL	124
8.5. CUANDO LA TECNOLOGÍA VUELVE A SERVIR AL REINO	126
8.6. ARC MINISTRY: UNA EXTENSIÓN DEL LLAMADO	128
8.7. EL DESAFÍO DE DEJAR UN LEGADO	131
8.8. SEGUIR APRENDIENDO PARA SEGUIR SIRVIENDO	133
8.9. LA FORMACIÓN NUNCA TERMINA	134
8.10. UNA NUEVA ETAPA DE PREPARACIÓN	136
8.11. UN MINISTERIO QUE BUSCA MULTIPLICARSE.....	138
8.12. ARC MINISTRY: UNA HERRAMIENTA PARA COMPARTIR LA PALABRA	139
8.13. UNA NUEVA ETAPA PASTORAL	141
8.14. MIRANDO HACIA ADELANTE	142
8.15. HASTA QUE ÉL COMPLETE LA OBRA	144
 EPÍLOGO.....	146
MUCHO MÁS ABUNDANTEMENTE: UNA HISTORIA QUE TODAVÍA DIOS SIGUE ESCRIBIENDO	146

Cuando no se indica otra fuente,
las citas bíblicas
corresponden a la versión:
Reina Valera 1960

Efesios 3:20-21

Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros, a él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén.

PREFACIO

Una historia escrita por la gracia

Hay historias que uno decide contar porque considera que son importantes, y hay historias que uno cuenta porque reconoce que Dios ha sido demasiado bueno como para permanecer en silencio.

Este libro pertenece a la segunda categoría.

Al mirar retrospectivamente, no veo una trayectoria construida solamente a partir de decisiones personales, capacidades adquiridas o esfuerzos humanos. Veo la mano paciente de Dios guiando cada etapa, incluso aquellas que en su momento no comprendía completamente.

Durante muchos años pensé que mi historia estaba formada por momentos separados: la infancia en una familia cristiana, los años de servicio en la iglesia, la formación profesional, el trabajo, los estudios teológicos y finalmente el ministerio pastoral.

Pero con el paso del tiempo comprendí que Dios nunca vio esas etapas como fragmentos aislados. Para Él siempre fueron parte de una misma obra.

El Dios que me permitió crecer escuchando la Palabra en mi hogar era el mismo Dios que años después me llevaría a estudiar teología.

El Dios que puso una guitarra sencilla en mis manos durante mi adolescencia era el mismo Dios que usaría la música como una herramienta para ministrar corazones.

El Dios que permitió mi formación profesional fuera del ambiente ministerial era el mismo Dios que estaba preparando capacidades que posteriormente serían útiles para servir a su iglesia.

Este libro no pretende presentar la historia de una persona que alcanzó sus sueños, sino el testimonio de un Dios que cumple sus propósitos.

Porque muchas veces confundimos la formación de Dios con la ausencia de acción de Dios, pensamos que esperar significa estar detenidos, pensamos que una puerta cerrada significa que el camino terminó, pensamos que los años que parecen alejarnos del llamado son años perdidos.

Pero la perspectiva del tiempo nos permite descubrir algo diferente: Dios también trabaja en los procesos, Él forma mientras esperamos, Él enseña mientras caminamos, Él prepara mientras nosotros simplemente vivimos las responsabilidades que tenemos delante.

Escribo estas páginas con profunda gratitud, pero también con humildad. No porque mi historia sea perfecta, sino porque está llena de la gracia de un Dios perfecto.

Encontraré en estas páginas recuerdos familiares, experiencias ministeriales, desafíos personales, aprendizajes profesionales y momentos donde tuve que reconocer que mis

fuerzas eran limitadas, pero la fidelidad de Dios era suficiente.

Mi deseo es que este libro pueda servir especialmente a quienes sienten que Dios ha puesto algo en su corazón, pero todavía no ven cómo llegará a cumplirse.

A quienes están esperando, a quienes están siendo formados, a quienes sienten que sus circunstancias actuales parecen alejadas del propósito de Dios.

Quiero recordarles una verdad que yo mismo he tenido que aprender: Dios nunca desperdicia una etapa de nuestra vida cuando caminamos bajo su dirección.

Él sigue escribiendo historias, y cuando permitimos que Él tenga la última palabra, descubrimos que sus planes siempre son mucho más abundantes que nuestros propios sueños, porque Él sigue siendo poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos.

PRÓLOGO

Cuando Dios forma a un siervo antes de enviarlo

Toda historia ministerial comienza mucho antes del primer sermón, del primer cargo pastoral o de cualquier reconocimiento público. Antes de que una persona pueda guiar espiritualmente a otros, Dios comienza una obra profunda en su propia vida, formando su carácter, moldeando sus convicciones y preparando su corazón para la responsabilidad que algún día habrá de asumir.

El ministerio no nace únicamente en un momento específico de llamado; nace dentro de una historia de formación. Cuando observo mi vida en retrospectiva, puedo ver precisamente ese proceso: una vida en la que Dios fue colocando, a través de los años, diferentes experiencias, personas y circunstancias que, con el tiempo, llegarían a formar parte del pastor que Él estaba preparando.

Dios utilizó una familia donde la Biblia ocupaba un lugar central, un hogar donde el servicio cristiano era parte de la vida cotidiana y una iglesia donde aprendí que ministrar no significa simplemente ocupar una posición, sino entregar la vida en favor de otros. También utilizó mi formación profesional, donde desarrollé disciplina, responsabilidad y perseverancia, así como las experiencias familiares que me enseñaron que el carácter no solamente se forma en los

momentos de éxito, sino también en medio de las dificultades y los procesos que prueban nuestra fe.

Incluso la preparación teológica llegó en el tiempo de Dios, no como el comienzo de una historia ministerial, sino como la continuación de una obra que el Señor ya había iniciado muchos años antes.

Una de las verdades que más resalta al recorrer mi historia es que Dios nunca desperdicia ninguna etapa de la vida. Muchas veces pensamos que solamente aquello que ocurre dentro de un contexto directamente relacionado con la iglesia tiene valor espiritual, pero la realidad es que Dios utiliza toda nuestra historia para moldearnos. Los años de trabajo, las responsabilidades familiares, las luchas personales, los errores cometidos, los aprendizajes adquiridos y cada experiencia vivida pueden convertirse en herramientas en las manos del Señor cuando una vida está rendida a sus propósitos.

Este libro no es solamente la autobiografía de un pastor. Es el testimonio de un principio que encontramos repetidamente en las Escrituras: Dios prepara antes de enviar.

Moisés pasó años en el desierto antes de liderar al pueblo de Israel. David aprendió a depender de Dios mientras cuidaba ovejas antes de ocupar el trono. José atravesó la esclavitud y la prisión antes de convertirse en instrumento de salvación para muchos. Pedro caminó durante años junto a Jesús antes de recibir la responsabilidad de fortalecer a sus hermanos.

En cada una de estas historias encontramos un mismo patrón: la preparación de Dios suele ocurrir en lugares donde muchas veces nadie está mirando. Antes de la plataforma existe el proceso. Antes de la responsabilidad existe la formación. Antes del servicio público existe una obra silenciosa de Dios en el corazón de la persona.

Por eso estas páginas tienen un significado especial para mí. No solamente muestran los momentos visibles de mi caminar ministerial, sino también aquellos procesos invisibles que fueron formando al hombre que Dios estaba preparando para servir a otros. A través de esta historia, espero que el lector pueda descubrir cómo el Señor utiliza padres, maestros, iglesias, experiencias laborales, estudios, responsabilidades familiares y diferentes circunstancias de la vida para formar una persona conforme a su voluntad.

Pero, sobre todo, deseo que pueda descubrir la fidelidad de Dios.

Porque al final, esta historia no trata principalmente de lo que yo hice por Dios, sino de lo que Dios hizo en mí. No es el relato de una persona que logró construir por sí misma un camino ministerial, sino el testimonio de un Dios que toma vidas comunes, las forma con paciencia y las utiliza para cumplir sus propósitos.

Esa es la esencia de toda vida ministerial: reconocer que somos instrumentos en las manos de un Dios que sigue escribiendo historias de gracia.

INTRODUCCIÓN

Una historia que comenzó antes de que yo entendiera el llamado

Existen momentos en la vida en los que, con la perspectiva de los años, comenzamos a comprender cosas que durante mucho tiempo permanecieron ocultas. Experiencias que en su momento parecían simples, decisiones que parecían pequeñas y caminos que aparentemente no tenían una relación directa entre sí, pero que al unir las piezas de la historia revelan una obra mucho más profunda.

Este libro nace precisamente de esa comprensión. No pretende ser solamente un relato cronológico de acontecimientos, fechas o actividades, sino una reflexión acerca de cómo Dios toma una vida, utiliza cada etapa de su camino y la forma pacientemente para cumplir sus propósitos.

Porque el llamado de Dios rara vez comienza en el momento en que una persona responde públicamente a una invitación ministerial. Muchas veces comienza mucho antes, en lugares donde todavía no comprendemos completamente lo que Él está haciendo. Comienza dentro de la familia, en las primeras enseñanzas recibidas, en conversaciones sencillas, en ejemplos de vida y en aquellas pequeñas semillas que el Señor planta en el corazón antes de que podamos reconocer plenamente su propósito.

Mi historia comenzó en un hogar donde la fe no era simplemente una tradición religiosa, sino una manera de vivir. Comenzó observando a mis padres amar la iglesia y valorar la Palabra de Dios. Comenzó escuchando predicaciones, acompañando a mi padre mientras servía al Señor y aprendiendo poco a poco que la Biblia no era solamente un libro que debía estudiarse, sino la voz de Dios que debía transformar la vida.

Con el paso de los años llegaron nuevas etapas: la música, el servicio congregacional, la formación profesional, el mundo laboral, la familia, los estudios teológicos y finalmente el ministerio pastoral. Cada una de ellas parecía tener su propia historia y su propio propósito, pero con el tiempo comprendí que Dios estaba escribiendo una sola historia; una historia donde cada experiencia, incluso aquellas que parecían alejadas del llamado inicial, estaba aportando algo necesario para la siguiente etapa.

Cuando era joven pensaba que seguir el llamado de Dios significaba avanzar rápidamente hacia aquello que Él había puesto en mi corazón. Sin embargo, con los años aprendí que Dios está tan interesado en formar nuestro carácter como en cumplir la tarea que nos encomienda.

Antes de entregarnos una responsabilidad, trabaja nuestra vida interior. Antes de permitirnos influir en otros, transforma aquello que necesita ser cambiado en nosotros. Antes de enviarnos a servir, nos enseña a depender completamente de Él.

Por eso este libro lleva como título una frase que resume profundamente mi experiencia: **"Mucho más abundantemente"**.

No porque todo haya sido sencillo, ni porque cada decisión haya sido perfecta, ni porque hayan faltado momentos de cansancio, dudas, preguntas y desafíos. Pero al contemplar el camino recorrido puedo reconocer que Dios hizo mucho más de lo que yo podía imaginar.

Él tomó una historia común y la convirtió en una evidencia de su gracia. Él tomó capacidades, intereses y experiencias que parecían independientes, y los transformó en herramientas para servirle. Él utilizó tiempos de espera como períodos de preparación y convirtió caminos que parecían diferentes en partes de un mismo propósito.

Esta no es la historia de una persona que logró construir por sí misma un camino ministerial. Es la historia de un Dios fiel que acompaña, forma, corrige, sostiene y guía a quienes pone en sus manos.

Mi oración es que, al recorrer estas páginas, el lector no solamente conozca mi historia, sino que pueda reconocer una verdad mucho más grande: el Dios que estuvo presente en cada etapa de mi vida también está presente en la suya.

Él sigue formando, Él sigue guiando, Él sigue llamando, y Él continúa haciendo todas las cosas mucho más abundantemente de lo que podemos pedir o entender.

CAPÍTULO 1: UNA VIDA FORMADA POR DIOS

"Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos..." Efesios 3:20

1.1. Mucho más abundantemente: Una vida formada por la gracia de Dios

Al contemplar el camino recorrido, descubro que mi historia no ha sido simplemente la construcción de un proyecto personal, ni el resultado de mis propias capacidades o decisiones. Ha sido, sobre todo, la evidencia de la obra paciente de Dios.

Muchas veces sus caminos fueron distintos a los que yo imaginaba, pero cada etapa de mi vida —la familia donde nací, la iglesia donde crecí, mi formación profesional, el ministerio pastoral, la enseñanza de la Palabra y la preparación teológica— fue utilizada por Él como parte del proceso mediante el cual estaba formando al siervo que quería que llegara a ser.

Con el paso de los años he podido reconocer una verdad que atraviesa toda mi historia: Dios estaba obrando mucho antes de que yo pudiera comprenderlo. Él estaba sembrando convicciones, desarrollando capacidades y preparando experiencias que, en el momento oportuno, revelarían el propósito que había estado formando.

No fui yo quien construyó mi camino hacia el ministerio. Al comprender el proceso completo, puedo ver las huellas de un Dios que fue guiando cada etapa, incluso aquellas que en su momento parecían alejadas del llamado que había puesto en mi corazón.

1.2. Formado por la Palabra desde la infancia

Nací el 29 de octubre de 1972 en Pitrufoquén, Chile, en el hogar de dos jóvenes creyentes profundamente comprometidos con la obra del Señor.

Mi padre comenzó desde muy temprano a servir al Señor dentro de la Iglesia Bautista de Pitrufoquén. Fue líder de jóvenes y posteriormente asumió responsabilidades como predicador evangelista, atendiendo también la iglesia bautista de Gorbea. Su vida estaba marcada por una convicción profunda: la Palabra de Dios debía ser anunciada con fidelidad y compromiso, no solamente desde un púlpito, sino también a través de una vida entregada al servicio de Cristo.

Mi madre, en cambio, había crecido en un hogar evangélico, pero al principio no tenía la misma pasión que mi padre por el Señor y por la iglesia. Con los años esa pasión también terminó marcando su vida, y hoy comprendo que Dios los usó a ambos, cada uno a su tiempo y a su manera, para formar mi fe.

Mis primeros recuerdos no están asociados simplemente a un hogar cristiano, sino a una vida completamente vinculada con la iglesia y el ministerio.

Crecí acompañando a mi padre en sus campañas evangelísticas, recorriendo lugares donde predicaba la Palabra de Dios y viendo de cerca cómo el Señor transformaba vidas.

Para un niño, aquellas experiencias eran parte de la normalidad. Mientras otros niños quizás recordaban paseos familiares, juegos o actividades comunes, mis recuerdos están llenos de cultos, predicaciones, Biblias abiertas y personas respondiendo al llamado del evangelio.

No veía el ministerio como algo distante. Era parte del ambiente donde crecí.

En aquellos años mi padre continuaba su propia preparación teológica. Estudiaba en el seminario en jornada vespertina, después de cumplir con sus responsabilidades laborales durante el día.

Para mí era algo normal verlo pasar del trabajo a los libros, de las obligaciones cotidianas a las tareas, investigaciones y estudios bíblicos.

Aquella imagen también fue parte de mi formación. Sin darme cuenta, estaba observando un modelo de perseverancia: un hombre que entendía que quien enseña la Palabra nunca deja de aprender de ella.

1.3. La escuela bíblica del hogar

Aunque mi padre fue la figura visible del ministerio pastoral, especialmente dentro del contexto evangélico de aquella época donde generalmente el liderazgo público recaía en el pastor, con los años comprendí que la formación espiritual de una familia nunca depende solamente de quien ocupa un púlpito.

Mi madre tuvo un papel fundamental en la construcción de mi fe.

Mientras mi padre dedicaba muchas horas al servicio de la iglesia —visitando hermanos, atendiendo necesidades, predicando, aconsejando y acompañando espiritualmente a las personas— en nuestro hogar ocurría otro ministerio igualmente importante, aunque muchas veces invisible: la formación espiritual de los hijos.

Fue mi madre quien tomó las grandes historias de la Biblia y las hizo cercanas para un niño.

Ella no solamente me contaba relatos bíblicos; me enseñaba a descubrir en ellos el carácter de Dios, sus propósitos, sus enseñanzas y su aplicación para la vida diaria, esa instrucción silenciosa fue una de las bases más importantes de mi ministerio.

Antes de aprender métodos de estudio bíblico, aprendí a amar la Biblia, antes de conocer herramientas de interpretación, aprendí que la Palabra de Dios tenía respuestas para la vida, que sus enseñanzas no pertenecían

solamente al templo, sino también al hogar, a las conversaciones familiares y a las decisiones cotidianas.

Mi casa fue mi primera escuela bíblica, allí aprendí que la fe no solamente se transmite desde un púlpito; también se transmite alrededor de una mesa, en una conversación sencilla, en una oración antes de dormir y en el ejemplo silencioso de padres que aman al Señor.

Por esa razón, mis primeros recuerdos están profundamente ligados a la vida congregacional, la Escuela Dominical, los cultos, las campañas evangelísticas y las reuniones de oración, estas no eran actividades ocasionales, eran el ambiente donde crecí.

Antes de comprender plenamente el significado del ministerio, ya estaba observando cómo hombres y mujeres servían fielmente al Señor, Dios estaba formando en mí, desde muy temprano, un profundo amor por la iglesia local y una convicción que con el tiempo definiría mi vida: La Palabra de Dios merece ser estudiada con profundidad, enseñada con fidelidad y vivida con pasión.

1.4. El llamado comenzó antes del púlpito

1.4.1. Traslado a Temuco – Anécdota de la Biblia

Durante mi adolescencia nuestra familia se trasladó a Temuco para integrarse a la Iglesia Bautista Eben-Ezer.

Recuerdo con especial claridad mis doce años, la edad en que confesé públicamente mi fe en Jesucristo y fui bautizado. No fue una decisión impulsiva ni la simple costumbre de un niño criado en la iglesia: fue el momento en que aquella fe que había visto vivir a mis padres se volvió también mía.

Poco después de mi bautismo viví una campaña evangelística que marcaría profundamente mi manera de entender la Palabra de Dios. Me habían regalado una Biblia nueva y para mí era un verdadero tesoro. No era solamente un libro; representaba mi nueva vida en Cristo y la alegría de pertenecer al Señor. Al finalizar una de las predicaciones, mi padre hizo el llamado y varias personas respondieron entregando sus vidas a Jesucristo. En aquellos años, el comité de la iglesia tenía la hermosa costumbre de regalar una Biblia a cada nuevo creyente. Sin embargo, aquella noche ocurrió algo inesperado: habían llegado más personas de las esperadas y faltaba una Biblia. Mi padre se acercó donde yo estaba y, me preguntó: —¿Me darías tu Biblia para entregársela a uno de los recién convertidos? No recuerdo haber pensado demasiado la respuesta. Para mí era algo natural. Si aquella Biblia podía ayudar a alguien que recién comenzaba su caminar con Cristo, entonces debía entregarla. La tomé y se la di. Tiempo después mi padre me dio otra Biblia, en compensación de la que me pidió, una Biblia de referencias Thompson, que llegó a ser un regalo muy significativo para mí.

Aquella experiencia me enseñaba algo mucho más profundo que el simple acto de regalar un libro. En ese momento yo

solamente estaba entregando una Biblia que valoraba profundamente, pero Dios ya estaba formando en mi corazón una convicción que años después sería fundamental en mi ministerio: la Palabra de Dios no es un tesoro para guardar egoístamente, sino un tesoro para compartir.

1.4.2. Primera predicación

Ese mismo año ocurrió algo que marcaría profundamente mi vida. La iglesia organizó un curso de homilética para quienes deseaban aprender a predicar y, siendo apenas un niño, tuve la oportunidad de participar.

Al finalizar el curso prediqué mi primer sermón frente a toda la congregación, que no duró más de cinco minutos, ya que los nervios me vencieron y terminé leyendo prácticamente todo el bosquejo porque me quedé completamente en blanco.

Hoy sonrío al recordarlo, pero aquel pequeño mensaje fue una primera semilla. Dios estaba comenzando a mostrarme un camino que con los años se haría más claro.

1.4.3. Trabajo de Escatología

En ese tiempo, siendo todavía un niño, ocurrió una experiencia que recuerdo con especial cariño.

Un día mi padre llegó a casa y me dijo: —¿Me harías un favor muy grande? Tengo que entregar un trabajo esta semana y

no he alcanzado a terminarlo. El trabajo correspondía a una asignatura de escatología.

Para mí aquella palabra era prácticamente desconocida. No sabía que años después estudiaría teología y que aquella área sería parte de mis propios intereses. En ese momento simplemente quería ayudar a mi padre.

En aquellos años no existían computadores ni herramientas digitales. Recuerdo escribir a máquina, buscar información en libros y revisar referencias bíblicas.

Durante el día avanzaba en el trabajo y por las noches conversábamos sobre lo que había encontrado. Le comentaba mis conclusiones, revisábamos juntos los textos bíblicos y él me ayudaba a pensar si aquello estaba de acuerdo con la enseñanza de las Escrituras.

Aquella experiencia fue mucho más que ayudar en una tarea académica, fue mi primer acercamiento consciente al mundo de la reflexión teológica.

Antes de entrar formalmente a un seminario, antes de leer libros especializados y antes de aprender métodos de estudio bíblico, Dios ya estaba despertando en mí una inquietud: conocer mejor su Palabra y comprender con profundidad aquello que creemos.

En mi inocencia de niño, yo creía que estaba haciendo algo verdaderamente importante: salvando a mi padre de un apuro, entregando a tiempo un trabajo serio de seminario. Hoy, mirando aquello con otros ojos, sospecho que las cosas no eran exactamente así. No sé si mi padre realmente llegó a

entregar ese trabajo, o si lo hizo asumiendo de antemano que la calificación de un niño no sería la de un alumno de seminario. Puede que nunca haya sido, sobre el trabajo mismo.

Con los años he llegado a pensar que aquello fue, más bien, una escuela silenciosa que mi padre armó para mí sin decírmelo: una manera de ponerme, sin que yo lo notara, frente a la Biblia, frente a las preguntas grandes, frente al ejercicio de pensar teológicamente.

Creo que el trabajo y la calificación misma nunca fueron lo importante. Lo importante es que me marcó profundamente. Aquel niño que escribía a máquina un trabajo de escatología estaba dando, sin saberlo, sus primeros pasos hacia una pasión que crecería con los años: estudiar las Escrituras y comunicar fielmente su mensaje.

Antes de aprender métodos de interpretación bíblica, aprendí algo más fundamental: que la Biblia no era solamente un libro para preparar sermones, sino la voz de Dios que debía gobernar la vida de quien la enseñaba.

Hasta el día de hoy puedo decir que mi maestro bíblico favorito siempre ha sido mi padre.

1.5. Una pasión nacida entre cuerdas y teclas

1.5.1. Banca de músicos

Ese mismo periodo también estuvo marcado por el descubrimiento de otra pasión que acompañaría mi vida durante décadas: la música.

En aquellos años las iglesias eran muy distintas a las que conocemos hoy. No existían grandes equipos de sonido, pantallas, plataformas modernas ni instrumentos sofisticados. Pero había algo que nunca faltó: pasión por adorar a Dios.

Recuerdo especialmente aquellas antiguas bancas de iglesia donde se sentaban varios hermanos con sus guitarras. No era una banda profesional, no había una estructura musical compleja. Eran simplemente creyentes que amaban al Señor y que, con los instrumentos que tenían, levantaban sus voces para exaltar a Cristo.

Al verlos, nació en mi corazón un deseo profundo: Yo quería ser parte de esa banca de músicos.

Le pedí a mis padres una guitarra, y no tardó en llegar. No llegó una guitarra nueva ni sofisticada, llegó una guitarra usada, antigua y, para ser sincero, bastante sencilla, pero para mí era un verdadero tesoro, no me importaba su apariencia, lo importante era que podía aprender a utilizarla para servir al Señor.

Comencé a practicar con mucha disciplina. La guitarra estaba conmigo todos los días. Practicaba antes de ir al colegio y aprovechaba cada momento disponible.

Después de aproximadamente dos meses, ya estaba sentado junto a aquellos hermanos que tanto había admirado, formando parte de esa pequeña banca de músicos.

Lo que comenzó como el deseo de aprender un instrumento se transformó en una pasión que permanece hasta hoy.

Descubrí que la música no era simplemente una habilidad artística. Era una forma de expresar amor, reverencia y gratitud hacia Dios.

1.5.2. Teclas de marfil amarillento

Poco tiempo después mi padre fue llamado a pastorear la Iglesia Bautista Millaray de Temuco, así que nos trasladamos a esta iglesia. Allí conocí un instrumento que cambiaría mi vida de una manera especial: el piano.

En la iglesia había un piano acústico vertical, era un piano del 1800, negro, teclas de marfil amarillento, pero tenía un sonido singular que yo no conocía. Para muchos podía ser simplemente un instrumento más, pero para mí fue descubrir un universo completamente nuevo. Me maravillaba escuchar cómo cada tecla accionaba aquel mecanismo interno, cómo los martillos golpeaban las cuerdas y cómo aquel instrumento podía transmitir emociones profundas sin pronunciar una sola palabra.

El pianista de la iglesia notó mi interés y generosamente decidió enseñarme. Él era músico que había estudiado piano toda su vida y me introdujo al mundo de la lectura musical, la partitura y la comprensión más profunda de la música. Aquellas enseñanzas marcaron mi vida.

Casi cuarenta años después, todavía puedo decir que cada día aprendo algo nuevo frente a un piano, la música sigue siendo una escuela de humildad, disciplina y sensibilidad espiritual. Comprendo que Dios utilizó dos caminos para formar mi servicio: la predicación y la adoración.

La predicación me enseñó a comunicar la verdad de Dios, la música me enseñó a expresar la reverencia y el amor hacia Él.

Antes de tener un púlpito, Dios ya estaba formando mi sensibilidad pastoral a través de una guitarra sencilla y un viejo piano de iglesia.

1.6. Aprendiendo a amar la iglesia

La llegada a la iglesia bautista Millaray permitió que me involucrara activamente en prácticamente todas las áreas de la vida congregacional. De inmediato me involucré en el ministerio de música, luego en las organizaciones juveniles como los Embajadores del Rey, y en el ministerio juvenil.

Aprendí a tocar piano, dirigí la adoración congregacional y fui descubriendo la riqueza del trabajo dentro de la iglesia local.

Más adelante participé en Educación cristiana, Administración, Finanzas, la organización de actividades, el seguimiento estadístico y distintos ministerios.

Dios me permitió conocer la iglesia desde adentro.

Aprendí que una congregación no se sostiene solamente por quienes predicán desde un púlpito. También necesita personas que enseñen, organicen, administren, visiten, sirvan y amen silenciosamente.

Aquellos años me enseñaron que el liderazgo pastoral no consiste únicamente en comunicar sermones.

También implica amar personas, acompañar procesos, resolver problemas, formar discípulos y caminar junto al pueblo de Dios.

Antes de enseñarme a dirigir una congregación, Dios me estaba enseñando a amar la iglesia.

1.7. Un llamado que nació en medio del servicio

A los diecisiete años mi vida ya estaba profundamente vinculada con la iglesia. Comprendo que el llamado al ministerio no apareció como una idea repentina. Era la confirmación de algo que Dios venía formando desde hacía años.

Mi semana prácticamente transcurría dentro de la iglesia. Después del colegio muchas veces me dirigía directamente

al templo. Los martes participaba en el ensayo del coro; los miércoles en los cultos de oración; los jueves nuevamente en los ensayos musicales; los viernes en los estudios bíblicos; los sábados servía con los Embajadores del Rey y participaba con los jóvenes. Los domingos comenzaban temprano con el culto de oración, continuaban con la Escuela Dominical y terminaban con el culto de la tarde. Muchas veces pasaba prácticamente todo el día en la casa de Dios.

Además de la música y los jóvenes, tuve la oportunidad de servir en distintas áreas de la congregación.

Fui director de Escuela Dominical, tanto de adultos como de niños; colaboré en tareas administrativas y fui secretario estadístico de la iglesia.

Durante un retiro de jóvenes de la asociación, realizado en Lican Ray, experimenté con claridad una convicción que marcaría mi vida. No escuché una voz audible, no tuve una experiencia extraordinaria, pero en medio de la oración, la enseñanza y la comunión con otros jóvenes, comprendí profundamente que Dios me estaba llamando al ministerio pastoral.

Era reconocer que aquello que ya estaba viviendo —servir, enseñar, acompañar personas, ministrar mediante la música y compartir la Palabra— no era solamente una etapa de mi juventud, era el camino al cual Dios me estaba invitando.

1.7.1. Seminario versus Universidad

Al terminar la enseñanza media enfrenté una de las decisiones más importantes de mi juventud. Desde hacía años llevaba en el corazón la convicción de que Dios me estaba llamando al ministerio pastoral. No era un entusiasmo pasajero ni el simple deseo de seguir los pasos de mi padre; era una certeza que había ido madurando a través del servicio en la iglesia, la enseñanza de la Palabra, la música, la vida congregacional y una experiencia personal con el Señor.

Mi deseo era ingresar directamente al seminario para prepararme para el ministerio. Sin embargo, antes de tomar esa decisión conversé con mi padre. Con la sabiduría que siempre lo caracterizó, no cuestionó mi llamado ni intentó desanimarme. Me escuchó atentamente y luego me dio un consejo que marcaría profundamente el rumbo de mi vida:

—Estudia primero una profesión. Si el llamado viene de Dios, seguirá ahí.

En aquel momento quizá no comprendí toda la profundidad de sus palabras. Como ocurre con muchos jóvenes, pensaba que obedecer a Dios significaba tomar inmediatamente el camino que parecía más espiritual. Con el paso de los años entendí que mi padre no estaba dudando del llamado; estaba ayudándome a discernirlo. Quería que mi decisión no descansara únicamente en el hecho de haber crecido en un hogar pastoral, sino en una convicción personal, firme y probada delante de Dios.

Decidí obedecer aquel consejo. Ingresé a la universidad para estudiar Informática, inicié mi formación profesional y, más tarde, mi vida laboral. Sin embargo, mientras cambiaban las circunstancias, el llamado permanecía intacto. Lejos de desaparecer, siguió creciendo silenciosamente en mi corazón, recordándome que los propósitos de Dios también se cumplen a través de los procesos y que, muchas veces, Él nos prepara en caminos que, al principio, parecen alejados de aquello para lo cual nos ha llamado.

1.8. Anécdota de la Biblia Comentada por Scofield

Ya siendo adulto, recordé otra historia relacionada con las Biblias de nuestra familia. Mi padre tenía una Biblia antigua de estudio, llena de anotaciones, subrayados y comentarios escritos. Era una Biblia de Scofield.

Cuando mi padre falleció, le pregunté a mi madre por aquella Biblia porque para mí representaba un verdadero tesoro espiritual. Pensaba en ella como una Biblia marcada por años de estudio, oración y ministerio.

Entonces mi madre me respondió algo que todavía me hace sonreír: —Esa Biblia era mía. Yo me la compré para mí, pero tu papá empezó a usarla un día y nunca me la devolvió.

Nunca logramos encontrar aquella Biblia, cuando la dejó de usar, ya se le salían las hojas, las tapas estaban ajadas de tanto

estudiarla, leerla y marcarla, pero la anécdota quedó como un hermoso recuerdo familiar.

Al final, aquella Biblia que yo asociaba con mi padre había sido originalmente de mi madre. Una vez más, Dios me mostraba algo importante: ambos fueron instrumentos de formación espiritual en mi vida, cada uno desde el lugar que Él les había dado.

1.9. Mis maestros favoritos de la Biblia

Al mirar estas historias, veo algo que quizás en aquel momento no comprendía completamente: Dios estaba formando mi amor por las Escrituras a través de experiencias sencillas de la vida diaria.

La Biblia estaba presente en nuestra casa, en nuestras conversaciones, en las manos de mis padres y en el ministerio que veía desarrollarse delante de mí.

Si hoy alguien me preguntara quiénes fueron mis primeros maestros de la Biblia, respondería sin dudarlos: mis padres.

Mi madre llenó mi infancia de relatos bíblicos narrados con sencillez, reverencia y profundo amor por Dios. Ella tomó aquellas historias antiguas y las hizo cercanas para un niño.

A través de sus enseñanzas aprendí a conocer a personajes bíblicos mucho antes de comprender la profundidad teológica de sus relatos. Ella me enseñó a ver el carácter de Dios, las decisiones de sus personajes, sus luchas, sus errores y la manera en que el Señor guiaba sus vidas. Lo que para

muchos podía parecer una historia distante, ella lo transformaba en una enseñanza para la vida cotidiana.

Mi padre, por su parte, me enseñó algo igualmente valioso: el respeto por el texto bíblico y la importancia de predicarlo con fidelidad. Mucho antes de estudiar hermenéutica, exégesis o teología sistemática, aprendí observándolo preparar sermones, estudiar las Escrituras y dedicar su vida al ministerio pastoral.

CAPÍTULO 2: UNA FAMILIA EN EL SEÑOR

"Todo tiene su tiempo, y todo lo que se quiere debajo del cielo tiene su hora" **Eclesiastés 3:1**

2.1. Conocer a quien sería mi esposa

Como estaba involucrado en la vida congregacional, también participaba activamente en las actividades de la Asociación Juvenil Bautista. En aquellos años existía una organización llamada JUBAM (Juventud Bautista Misionera), que durante los meses de verano enviaba grupos de jóvenes misioneros provenientes de distintas iglesias de la región para apoyar el trabajo evangelístico en diferentes ciudades.

Aquellas experiencias fueron muy significativas para mí, porque permitían que jóvenes de distintas congregaciones pudiéramos servir juntos, compartir la fe y aprender que la misión de Dios iba mucho más allá de las paredes de nuestra propia iglesia local.

Fue precisamente en uno de esos viajes misioneros donde conocí a quien años más tarde sería mi esposa. Fuimos enviados a Valdivia y, sin conocernos previamente, Mariela y yo llegamos a servir en la misma iglesia, participando juntos en las actividades evangelísticas y en el trabajo con las personas de aquella comunidad.

En ese momento ninguno de los dos podía imaginar lo que Dios estaba comenzando a escribir. Lo que inicialmente fue un encuentro dentro del servicio cristiano, con el tiempo se transformaría en una historia de amor, compañerismo y propósito compartido.

Dios no solamente estaba formando en mí un corazón para el ministerio, sino también preparando a la persona que caminaría a mi lado en esa misión. A través de aquellas experiencias juveniles, Él estaba fortaleciendo algo que todavía no sabía cómo definir completamente: un amor profundo por la iglesia, por las personas y por la Palabra de Dios, pero también la capacidad de compartir la vida con alguien que tendría un papel fundamental en mi historia.

2.1.1. Matrimonio

Con el paso de los años, aquella amistad nacida en el contexto del servicio cristiano fue creciendo hasta convertirse en un compromiso para toda la vida. Finalmente, Mariela y yo formamos nuestro matrimonio y comenzamos juntos una nueva etapa, descubriendo que el llamado de Dios no solamente se vive desde el ministerio público, sino también desde el hogar, la familia y las decisiones cotidianas.

A partir de entonces, nuestras historias comenzaron a entrelazarse. Juntos enfrentamos desafíos, alegrías, aprendizajes y procesos que nos fueron formando como matrimonio y como siervos del Señor. Sin saber todo lo que vendría por delante, Dios ya estaba preparando una

compañera de camino que sería una parte fundamental de la historia que Él continuaría escribiendo.

En medio de aquella etapa donde estaba construyendo mi vida profesional, Dios escribió una de las historias más importantes de mi vida: mi matrimonio con Mariela.

El matrimonio no solamente fue la unión de dos personas que se amaban; fue el comienzo de una nueva etapa donde Dios comenzaría a enseñarnos lo que significa caminar juntos, sostenerse mutuamente y enfrentar los desafíos de la vida como un equipo.

Dios utiliza el matrimonio como una herramienta de formación espiritual. Allí aprendemos paciencia, humildad, perdón y entrega. Allí descubrimos que amar no consiste solamente en compartir momentos buenos, sino también en permanecer juntos cuando llegan temporadas difíciles.

Mariela ha sido una compañera fundamental en mi historia. Muchas veces detrás de los procesos visibles de una persona existe alguien que ha caminado silenciosamente a su lado, sosteniendo, acompañando y creyendo.

En mi caso, Dios me regaló una mujer que ha tenido una paciencia enorme conmigo, especialmente durante etapas donde mi vida laboral llegó a ocupar espacios que debieron haber sido compartidos con mi familia.

Pero antes de aprender esa lección, Dios nos permitió vivir una experiencia que marcaría profundamente nuestra historia.

2.2. Una espera marcada por la fe

2.2.1. Embarazo complicado

El embarazo de nuestro primer hijo no fue una etapa sencilla. Mariela experimentó una *hiperémesis gravídica aguda*, una condición que transformó completamente aquel periodo de nuestra vida. Lo que para muchas familias es un tiempo de alegría y expectativa, para nosotros estuvo acompañado de preocupación, cansancio e incertidumbre.

Al comenzar el embarazo pesaba alrededor de cincuenta y tres kilos, con el paso de los meses, las constantes náuseas y vómitos hicieron que perdiera más de diez kilos. Verla debilitarse día tras día era profundamente doloroso. Como esposo, uno quisiera aliviar el sufrimiento de la persona que ama, pero hubo momentos en que comprendí que había situaciones que escapaban completamente de mis manos.

Cuando el embarazo llegó aproximadamente a los seis meses, ocurrió uno de los momentos más difíciles que he vivido, el médico me pidió conversar aparte. Recuerdo su rostro serio y la manera directa en que me habló. Con una frialdad que en ese momento me pareció devastadora — aunque con los años he pensado que probablemente era la forma profesional de preparar a una familia para un posible desenlace — me dijo algo que jamás he podido olvidar: — Vamos a hacer todo lo posible por salvar la vida de Mariela,

pero sinceramente no creo que podamos salvar al bebé. Aquellas palabras fueron como un balde de agua helada.

Durante seis meses habíamos visto a Mariela sufrir con una sola esperanza: llegar al día en que pudiera mirar el rostro de nuestro hijo y tenerlo entre sus brazos. Toda esa lucha parecía resumirse ahora en un pronóstico que nos dejaba sin fuerzas.

Naturalmente, mi primera preocupación era la vida de mi esposa. Pero al mismo tiempo era imposible no pensar en aquel pequeño que todavía no nacía y cuya vida parecía desvanecerse antes de comenzar.

Recuerdo salir de esa conversación con el corazón completamente quebrantado, no sabía qué hacer, no había soluciones que pudiera ofrecer, no existía ninguna decisión que estuviera en mis manos. Solo podía orar.

Tomé una decisión que nunca comenté con muchas personas. No le dije nada a Mariela. Ella estaba físicamente muy debilitada y emocionalmente aferrada a la esperanza de conocer a nuestro hijo. Sentí que cargarla además con aquel pronóstico solo aumentaría su angustia. Así que decidí guardar esa noticia en silencio. Fue, probablemente, uno de los meses más solitarios de mi vida.

Por fuera procuraba transmitir tranquilidad. Por dentro llevaba una carga que solamente podía depositar delante de Dios. Aprendí que existen oraciones que no necesitan muchas palabras. Hay momentos en que el alma

simplemente se derrama delante del Señor porque ya no encuentra otra manera de expresar lo que siente.

2.2.2. Nueva complicación

Permanecemos cerca de un mes en el hospital. Mientras tanto, surgió una nueva complicación: Mariela desarrolló una *Colestasis intrahepática del embarazo*, una condición que aumentaba aún más el riesgo tanto para ella como para nuestro hijo. El equipo médico decidió que no era posible esperar más y programó una cesárea de urgencia.

Como Mariela trabajó en ese mismo hospital como auxiliar paramédico de enfermería, muchos de quienes ahora la atendían habían sido sus compañeros de trabajo. Aquello hizo que estuvieran especialmente atentos a su evolución. Con el tiempo supimos que el médico a cargo había solicitado una incubadora especial para recibir al bebé, porque sus pulmones todavía no estaban completamente desarrollados y existían múltiples factores que hacían del parto una situación de alto riesgo.

En esos días comprendí que la fe no consiste en negar la realidad ni en ignorar los diagnósticos médicos. La fe tampoco significa que dejemos de sentir miedo. La verdadera fe consiste en seguir confiando en Dios aun cuando todo parece indicar que el desenlace será distinto al que esperamos.

Fueron semanas en las que descubrimos que la esperanza cristiana no depende de nuestras circunstancias, sino del carácter de Dios. Él seguía siendo bueno. Seguía estando presente. Seguía sosteniéndonos, incluso cuando nosotros apenas podíamos sostenernos en pie.

2.3. La llegada de Esteban: una vida recibida como regalo

Finalmente llegó el día del nacimiento de nuestro hijo Esteban, pero nuevamente el camino no fue como lo habíamos imaginado. Esteban nació prematuramente, agregando nuevos desafíos a una etapa que ya había sido compleja.

Recuerdo aquellos momentos con una mezcla de temor y gratitud. Por un lado, estaba la preocupación natural de unos padres que desean que su hijo esté bien; por otro lado, estaba la profunda convicción de que aquella vida estaba en las manos de Dios.

El nacimiento de un hijo cambia la manera en que uno entiende muchas cosas.

Hasta ese momento uno puede hablar sobre el amor de Dios, sobre su cuidado y sobre su fidelidad. Pero cuando tienes un hijo pequeño dependiendo completamente de ti, esas verdades adquieren una dimensión diferente.

Aprendí que cada vida es un regalo de Dios, aprendí que no controlamos todas las circunstancias, aprendí que la oración

no es simplemente una disciplina espiritual; muchas veces es el lugar donde un padre deposita sus temores y encuentra descanso.

La llegada de Esteban no solamente nos convirtió en padres, también nos convirtió en personas más sensibles al dolor y a las luchas de otras familias.

Años después comprendí que Dios estaba preparando mi corazón pastoral, muchas personas que llegarían buscando consejo, oración o acompañamiento tendrían historias de dolor, enfermedad, pérdidas y dificultades familiares. Y Dios ya me había permitido conocer algo de ese camino.

2.4. Dios también forma fuera del seminario

2.4.1. Éxito profesional

Cuando ingresé a estudiar Informática, todavía no imaginaba cuánto utilizaría Dios esa etapa para formar mi vida. Lo que en un principio parecía un desvío respecto del ministerio terminaría siendo una de las herramientas con las que el Señor moldearía mi carácter, mi disciplina y muchas de las capacidades que más tarde utilizaría en su obra.

A simple vista podía parecer un camino distante del pastorado. La informática pertenecía al mundo de la tecnología, los sistemas y los procesos; el ministerio pastoral, en cambio, al mundo de la Palabra, la iglesia y el cuidado espiritual de las personas. Sin embargo, con el paso de los años comprendí que Dios no desperdicia ninguna etapa de

nuestra vida y que muchas veces prepara a sus siervos en escenarios que, inicialmente, parecen no tener relación con el llamado.

En aquellos años el mundo tecnológico era muy distinto al que conocemos hoy. No existían las herramientas digitales actuales ni la facilidad para acceder a la información. Aprender exigía investigar, practicar, equivocarse y comenzar nuevamente. Poco a poco fui desarrollando una verdadera pasión por mi profesión. Siempre he procurado hacer las cosas con dedicación; nunca me ha gustado conformarme con lo suficiente. Si una tarea llegaba a mis manos, quería comprenderla, desarrollarla y realizarla de la mejor manera posible.

Esa misma actitud que Dios había ido formando desde mi infancia —primero mediante la Biblia, luego a través de la música y del servicio en la iglesia— comenzó también a manifestarse en mi trabajo. Las oportunidades fueron apareciendo una tras otra. Crecí rápidamente como desarrollador, asumí nuevas responsabilidades, integré equipos de trabajo y participé en proyectos cada vez más importantes. Mi trabajo era valorado, mis capacidades eran reconocidas y, humanamente hablando, estaba viviendo una etapa de crecimiento profesional.

2.4.2. Una Demanda permanente

Sin embargo, junto con las oportunidades llegaron nuevas exigencias. Los proyectos aumentaban, las

responsabilidades crecían y mi tiempo parecía hacerse cada vez más escaso. La informática dejó de ser solamente una profesión para convertirse en una demanda permanente. Mi jornada comenzaba temprano en la mañana y muchas veces terminaba cerca de la medianoche. Hubo temporadas en que dormir tres o cuatro horas diarias era algo habitual. Cuando surgían proyectos importantes podía pasar noches completas trabajando y, aun estando en casa, mi mente seguía intentando resolver los problemas que habían quedado pendientes.

Dios había bendecido mi trabajo, pero esa misma bendición comenzó lentamente a ocupar más espacio del que debía. No porque mi profesión fuera mala, ni porque buscar la excelencia fuera incorrecto; al contrario, siempre he creído que un trabajo bien hecho glorifica al Señor. El problema no estaba en la informática, sino en el lugar que empezaba a ocupar dentro de mis prioridades.

Con el tiempo comprendí que incluso las bendiciones de Dios necesitan ser administradas con sabiduría. Algo bueno puede transformarse en un obstáculo cuando ocupa el lugar que solamente le corresponde al Señor. Aquella etapa me enseñó que el éxito profesional nunca debe convertirse en el centro de nuestra identidad, porque antes que desarrolladores, ingenieros o pastores, somos siervos de Cristo.

2.5. La familia en medio del crecimiento profesional

Durante esos años Dios también me había regalado una familia. Mi hijo nunca tuvo carencias de lo necesario en lo material. Dios fue fiel y permitió que pudiéramos proveer para nuestro hogar, enfrentar responsabilidades y avanzar como familia.

Mi familia tenía cubiertas muchas necesidades materiales, pero hubo momentos en que mi presencia fue menor de lo que ellos necesitaban.

Mi esposa tuvo una paciencia enorme durante aquellos años. Ella caminó conmigo en una etapa donde las exigencias laborales eran muy altas y muchas veces tuvo que sostener el equilibrio del hogar mientras yo estaba concentrado en cumplir responsabilidades profesionales.

Su apoyo, comprensión y amor fueron una expresión silenciosa de la gracia de Dios sobre mi vida.

Mi hijo tenía un padre que trabajaba mucho para él, pero también necesitaba un padre que estuviera con él.

Y esa es una de las lecciones que más profundamente he aprendido con los años: hay cosas que no pueden reemplazarse con esfuerzo, sacrificio o provisión económica, hay momentos que solamente se viven una vez, hubo ocasiones en que incluso durante las vacaciones recibía llamadas desde el trabajo: "Pasó esto, ¿cómo lo

solucionamos?", y muchas veces tuve que volver, conectarme o interrumpir ese tiempo familiar para resolver problemas.

En aquel momento lo veía principalmente como responsabilidad y compromiso. Y ciertamente había algo correcto en eso: debemos ser personas responsables y cumplir aquello que se nos ha confiado.

Pero con los años entendí que también necesitamos aprender a reconocer nuestros límites, Dios no solamente estaba formando mis capacidades profesionales; también estaba formando mi corazón, me estaba enseñando que ningún logro laboral puede reemplazar aquello que Él estableció primero.

CAPÍTULO 3: ETAPA MINISTERIAL

"Estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo" **Filipenses 1:6**

3.1. Lo que Dios estaba formando en mí

Aquellos años de intensa actividad profesional nunca fueron un tiempo perdido para el ministerio. Durante mucho tiempo pensé que mi llamado pastoral permanecía en pausa mientras dedicaba mis esfuerzos a la informática y al desarrollo profesional. Sin embargo, con el paso de los años descubrí que Dios nunca había detenido su obra. Mientras yo aprendía una profesión y asumía nuevas responsabilidades, Él seguía formando silenciosamente al pastor que un día habría de servir a su iglesia.

La informática me enseñó mucho más que programación, sistemas y tecnología. Me enseñó disciplina para enfrentar proyectos complejos, orden para organizar procesos, perseverancia para no abandonar un problema hasta encontrar la solución y responsabilidad para cumplir con aquello que se me había encomendado. Aprendí a analizar situaciones, a trabajar con método y a comprender que los buenos resultados casi siempre son consecuencia de un trabajo paciente y constante.

Con el tiempo descubrí que muchas de esas capacidades serían extraordinariamente útiles en el ministerio. La vida de una iglesia también requiere organización, planificación y liderazgo. Preparar una enseñanza bíblica demanda estudio y estructura; coordinar equipos exige visión y comunicación; desarrollar proyectos ministeriales requiere constancia y compromiso. Dios había utilizado una profesión que, en apariencia, parecía muy distante del pastorado para entregarme herramientas que más adelante pondría al servicio de su Reino.

Pero hubo una enseñanza todavía más profunda. En el mundo laboral aprendí que detrás de cada tarea siempre hay personas. Trabajé con equipos diversos, conocí distintos temperamentos, enfrenté conflictos, aprendí a escuchar opiniones diferentes y comprendí que las organizaciones no funcionan solamente gracias a los procesos, sino gracias a las personas que forman parte de ellos. Aquellas experiencias ampliaron mi manera de mirar la realidad y me enseñaron que el liderazgo nunca consiste simplemente en administrar recursos, sino en servir a quienes caminan junto a nosotros.

Con los años comprendí que esa también era una preparación pastoral. Un pastor no trabaja principalmente con programas, presupuestos o estructuras; trabaja con personas. Acompaña vidas, escucha historias, comparte alegrías, sostiene a quienes atraviesan el dolor y procura conducir a la iglesia hacia Cristo con paciencia y amor. Antes de enseñarme a predicar desde un púlpito, Dios me estaba

enseñando a comprender el corazón humano en medio de la vida cotidiana.

Nada de aquellos años fue un accidente. Cada desafío profesional, cada responsabilidad asumida y cada experiencia vivida formaban parte de una preparación que yo todavía no alcanzaba a comprender. Mientras pensaba que estaba construyendo una carrera, Dios estaba edificando un siervo. Él seguía haciendo, una vez más, mucho más abundantemente de lo que yo podía pedir o entender.

3.2. Transición de etapa profesional a Ministerial

Durante aquellos años mi vida profesional continuaba creciendo. Las responsabilidades aumentaban, los proyectos ocupaban gran parte de mi tiempo y, desde una perspectiva humana, parecía estar construyendo una carrera exitosa. Sin embargo, mientras mi profesión avanzaba, había algo que permanecía inalterable en mi interior: el llamado que Dios había puesto en mi corazón durante mi juventud.

Nunca dejé de servir en la iglesia. Aun en medio de jornadas laborales extensas, seguía participando en distintos ministerios, enseñando, acompañando actividades congregacionales y colaborando allí donde era necesario. La pasión por la Palabra de Dios no había disminuido. Al contrario, cuanto más avanzaban los años, más evidente se hacía que aquel llamado no había sido una emoción pasajera

de la adolescencia, sino una convicción que había madurado con el tiempo.

Con frecuencia pensamos que el llamado de Dios debe manifestarse mediante cambios inmediatos y decisiones radicales. Sin embargo, en mi experiencia ocurrió de otra manera. El Señor permitió que pasaran varios años antes de dar el siguiente paso. No porque hubiese olvidado su propósito, sino porque todavía seguía formando mi vida a través de experiencias que, más adelante, resultarían indispensables para el ministerio.

Alrededor de los treinta años, hacia el año 2002, comprendí que había llegado el momento de responder de una manera más concreta a esa convicción que me había acompañado desde los diecisiete años. Ya no era el entusiasmo de un joven que soñaba con servir al Señor. Era la decisión consciente de un hombre que había conocido el mundo laboral, había formado una familia y había experimentado la fidelidad de Dios en distintas circunstancias.

Fue entonces cuando decidí iniciar formalmente mi preparación teológica. No significaba abandonar mi profesión ni desligarme de las responsabilidades que ya tenía. Significaba dar un paso de obediencia, convencido de que Dios estaba abriendo una nueva etapa en mi vida. Sin saberlo todavía, comenzaba un proceso que transformaría profundamente mi manera de entender el ministerio y que, con el tiempo, marcaría el rumbo de todo lo que vendría después.

La preparación académica no era el origen de mi llamado; era la respuesta a un llamado que Dios había venido confirmando durante muchos años, y el Señor no tenía prisa, Él había esperado el momento oportuno para llevarme nuevamente a los libros, porque ahora llegaba con una perspectiva que no habría tenido al terminar la enseñanza media. Las experiencias acumuladas durante esos años se convertirían en el contexto desde el cual comenzaría a estudiar las Escrituras con una profundidad completamente distinta.

3.3. Volver a estudiar con una nueva perspectiva

Iniciar mis estudios en el Instituto Bautista de la Araucanía, dependiente del Seminario Bautista, fue, en muchos sentidos, volver al lugar donde Dios había comenzado a despertar mi amor por las Escrituras. Después de varios años dedicado al ejercicio profesional, regresaba nuevamente a una sala de clases, pero ya no como el joven recién egresado de la enseñanza media que alguna vez soñó con estudiar teología. Ahora llegaba con la experiencia de la vida, con responsabilidades familiares, con una profesión establecida y con la certeza de que el llamado que había sentido en mi juventud seguía siendo el mismo.

Recuerdo esa etapa con especial gratitud. Volví a abrir comentarios bíblicos, diccionarios, libros de historia, teología y hermenéutica. Cada asignatura ampliaba mi comprensión

de la Palabra de Dios y, al mismo tiempo, despertaba un deseo aún mayor de conocer al Señor. Comprendí que estudiar teología no consistía simplemente en adquirir información, sino en aprender a interpretar correctamente las Escrituras para servir con fidelidad a la iglesia de Cristo.

Mientras avanzaba en los estudios, muchas escenas de mi infancia comenzaron a cobrar un nuevo significado. Recordaba a mi padre preparando sus sermones, las conversaciones que habíamos tenido cuando yo era niño mientras escribía aquel trabajo de escatología, las historias bíblicas que mi madre me relataba con tanta sencillez y convicción. Todo aquello que durante años había parecido parte de los recuerdos familiares, ahora se unía como un solo proceso de formación. Dios había estado sembrando desde muy temprano el amor por su Palabra y, en el momento oportuno, lo estaba haciendo crecer.

Sin embargo, hubo una lección que marcó profundamente esa etapa. Comprendí que un pastor nunca termina de estudiar. La preparación teológica no concluye con un diploma ni con la aprobación de un curso. Quien ha sido llamado a enseñar las Escrituras debe permanecer siempre como discípulo, porque la riqueza de la Palabra de Dios jamás se agota. Cuanto más aprendía, más consciente era de todo lo que todavía necesitaba conocer.

Aquellos años de seminario fortalecieron mi convicción de que el ministerio pastoral exige una preparación seria y responsable. Amar la Biblia implica estudiarla con reverencia, interpretar correctamente su mensaje y enseñarla

con fidelidad. No basta la buena intención ni el entusiasmo; quienes sirven al pueblo de Dios tienen la responsabilidad de manejar rectamente la Palabra de verdad.

Dios no solamente estaba ampliando mis conocimientos. Estaba moldeando mi manera de pensar, profundizando mis convicciones y preparándome para enseñar las Escrituras con mayor madurez. Antes de abrirme nuevas puertas para servir, el Señor quiso volver a sentarme como alumno, recordándome que quien deja de aprender también deja de crecer.

3.4. Primera puerta ministerial

Mientras avanzaba en mi formación teológica, Dios también comenzó a abrir espacios concretos para servir. Hasta entonces había participado activamente en distintas áreas de la iglesia: la música, la enseñanza, la administración y el trabajo con jóvenes habían sido parte de mi vida desde la adolescencia. Sin embargo, el seminario marcó un punto de inflexión. La iglesia comenzó a verme no solo como un hermano dispuesto a colaborar, sino como alguien que estaba preparándose para el ministerio pastoral.

Al saber que estudiaba teología en horario vespertino, los líderes de la congregación nos invitaron a Mariela y a mí a asumir una responsabilidad más directa en el ministerio juvenil. Aceptamos ese desafío con alegría, aunque también con un profundo sentido de responsabilidad. Comprendíamos que trabajar con jóvenes significaba mucho

más que organizar reuniones o dirigir actividades. Era acompañar vidas que, al igual que la nuestra, años atrás, estaban buscando descubrir la voluntad de Dios para su futuro.

Aquella experiencia fue una verdadera escuela pastoral. Aprendimos que cada joven tenía su propia historia, sus preguntas, sus luchas y sus procesos. Algunos necesitaban orientación; otros, simplemente alguien que los escuchara. Descubrí que el ministerio no consiste únicamente en transmitir conocimientos bíblicos, sino también en caminar junto a las personas mientras Dios obra en sus vidas.

Fue precisamente allí donde muchas de las enseñanzas recibidas en el seminario comenzaron a adquirir un sentido práctico. Lo aprendido en las aulas encontraba aplicación en las conversaciones personales, en los estudios bíblicos, en la preparación de mensajes y en el acompañamiento de quienes el Señor ponía bajo nuestro cuidado. La teología dejaba de ser solamente materia de estudio para convertirse en una herramienta al servicio de la iglesia.

Mariela fue una compañera indispensable durante esa etapa. El ministerio nunca fue un proyecto individual. Desde el comienzo aprendimos a servir juntos, compartiendo responsabilidades, apoyándonos mutuamente y procurando reflejar, también en nuestro hogar, aquello que enseñábamos a otros. Dios no solo estaba formando a un pastor; estaba formando un matrimonio dispuesto a servirle.

El ministerio no comienza el día en que alguien recibe un cargo o un reconocimiento público. Comienza mucho antes, cuando la iglesia observa una vida, reconoce un llamado y abre pequeñas puertas para que ese llamado pueda desarrollarse. Es en esos espacios sencillos donde el Señor comienza a moldear el corazón de quienes un día tendrán mayores responsabilidades. La fidelidad en las tareas pequeñas suele ser la antesala de los desafíos más grandes que Dios tiene preparados.

3.5. Antes del ministerio, Dios forma al Siervo

Aquellos primeros años de formación y servicio comenzaron a enseñarme una verdad que con el tiempo se volvería una de las convicciones más profundas de mi vida: Dios está mucho más interesado en formar al siervo que en multiplicar sus actividades.

Cuando uno es joven suele pensar que el ministerio consiste en predicar, enseñar, dirigir o liderar diferentes áreas de la iglesia. Todas esas responsabilidades son importantes, pero con el paso del tiempo descubrí que ninguna de ellas constituye el verdadero centro del llamado pastoral. Antes de confiar una tarea, Dios trabaja en el corazón de quien ha de realizarla.

Mientras estudiaba teología y servía en el ministerio juvenil, el Señor comenzó a confrontar muchas áreas de mi propia

vida. Comprendí que no bastaba con adquirir conocimientos bíblicos si esos conocimientos no transformaban mi manera de vivir. La teología debía descender de la mente al corazón antes de llegar al púlpito.

Hubo ocasiones en que preparaba una enseñanza para otros y terminaba siendo yo el primero en ser confrontado por el texto bíblico. La Palabra de Dios nunca fue escrita solamente para ser explicada; fue dada para transformar la vida de quienes la reciben, antes de exhortar a otros, Dios me exhortaba a mí, antes de consolar a otros, aprendía a encontrar consuelo en Él, antes de llamar a otros a la obediencia, el Señor trataba primero con mi propia obediencia.

El ministerio nunca debe convertirse en una plataforma para demostrar capacidades personales. La preparación académica es necesaria, la experiencia también aporta herramientas valiosas, incluso los dones que Dios concede tienen un lugar importante dentro de la iglesia, sin embargo, ninguna de esas cosas puede sustituir una vida rendida delante del Señor.

Con frecuencia admiramos a quienes predicán bien, enseñan con claridad o poseen grandes habilidades de liderazgo, pero Dios mira primero aquello que muchas veces nadie más puede ver. Él conoce las motivaciones, examina el carácter y trabaja silenciosamente en las áreas que todavía necesitan ser moldeadas. Antes de utilizar nuestras manos, Él transforma nuestro corazón.

Mirando aquellos años en perspectiva, comprendo que el seminario no fue solamente un lugar donde aprendí doctrina, ni el ministerio juvenil fue únicamente un espacio donde adquirí experiencia pastoral. Ambos fueron parte del taller donde Dios comenzó a formar con mayor profundidad al hombre que quería usar en su servicio. Porque el verdadero ministerio nunca nace del conocimiento, ni siquiera de la experiencia; nace de una vida que, día tras día, sigue siendo transformada por la gracia de Dios.

3.6. El pastor se forma antes de pastorear

Dios había estado preparando mi vida mucho antes de entregarme responsabilidades pastorales. El niño que veía a su padre predicar aprendió reverencia por la Palabra, el adolescente que dirigía la alabanza aprendió que la adoración nace del corazón, el joven que servía en diferentes ministerios aprendió a amar la iglesia, el profesional que enfrentaba desafíos laborales aprendió disciplina y perseverancia, el esposo y padre aprendió responsabilidad, entrega y sacrificio, el estudiante de teología aprendió que siempre hay más que conocer de Dios.

Todas esas experiencias estaban formando al pastor, porque antes de preparar sermones, Dios prepara personas, antes de enviarnos a cuidar una congregación, Él trabaja en nosotros, antes de permitirnos influir en otros, Él transforma nuestro propio corazón.

Cada etapa tuvo un propósito, el llamado de Dios no fue solamente una experiencia del pasado, fue un proceso continuo de formación. Y mientras yo pensaba que estaba buscando prepararme para servirle, Él ya estaba preparando mi vida para aquello que había determinado desde mucho antes. Porque fiel es el que llama, y fiel es también el que completa la obra.

Fue así como, entre los años 2002 y 2006, cursé formalmente mis estudios de Teología en el Seminario Bautista. Aquella formación, lejos de ser un paréntesis en mi vida profesional, resultó ser apenas el comienzo de una etapa de aprendizaje que continuaría abriéndose por caminos que en ese momento no podía imaginar.

3.7. Nueva etapa ministerial

Corría el año 2005 cuando mis padres decidieron volver a su ciudad natal, Pitrufuén, para comenzar una obra desde cero. Consiguió un pequeño local que, en su máxima capacidad, apenas albergaba veinte personas, y allí comenzó a reunir a la congregación los domingos. Al principio eran solo él, mi madre y una sobrina, dueña del local. Pero la gente empezó a llegar, la congregación creció con rapidez, la gente llegaba con su silla, y pronto se propusieron construir un templo propio.

Fue en esa etapa cuando mi padre me invitó a pastorear la iglesia junto a él. Llevamos esa decisión a la oración, y no pasó mucho tiempo antes de que Mariela y yo nos

trasladáramos a Pitrufuquén, aunque seguíamos residiendo también en Temuco. Desde 2005 en adelante trabajamos codo a codo, mi padre y yo, y la iglesia siguió creciendo y fortaleciéndose hasta que construimos un templo más grande, capaz de albergar a un centenar de personas.

Fue una etapa hermosa, de trabajo duro, pero con fruto abundante. Mi padre estableció obra en varias ciudades cercanas, y también cruzó la frontera hacia Argentina. Siguiendo la instrucción que Pablo le dio a Tito, ordenó nuevos pastores, y juntos fundamos una escuela de pastores donde formamos tanto a quienes ya habían sido ordenados como a los candidatos al ministerio, en Chile y en Argentina.

En la iglesia local, mi ministerio principal fue la formación de nuevos discípulos a través de la educación cristiana, mientras seguía sirviendo también en la música, ministrando la alabanza de la congregación.

CAPÍTULO 4: ETAPA DE MADUREZ

"Fiel es el que os llama, el cual también lo hará" 1

Tesalonicenses 5:24

4.1. Una hija recibida por amor: la historia de Melisa

Durante muchos años pensé que la preparación para servir al Señor estaba principalmente relacionada con estudiar la Biblia, aprender a predicar, desarrollar liderazgo o adquirir herramientas para enseñar. Y, sin duda, todo eso es importante. Sin embargo, con el paso del tiempo comprendí que Dios forma a sus siervos de una manera mucho más profunda. Antes de permitirnos acompañar las historias de otros, muchas veces nos hace recorrer la nuestra. Antes de enseñarnos a cuidar personas, nos enseña a amar, esperar, confiar y depender de Él dentro de nuestro propio hogar.

Después del nacimiento de Esteban transcurrieron varios años. Como familia nos sentíamos profundamente agradecidos por el hijo que Dios nos había regalado, pero comenzó a surgir en nuestros corazones un deseo que, poco a poco, se fue transformando en una convicción: abrir nuestro hogar para recibir una hija mediante la adopción.

Mariela y yo conversamos largamente sobre esa posibilidad. No queríamos tomar una decisión impulsiva ni movida

solamente por las emociones. Oramos juntos y buscamos la dirección del Señor. Mientras hablábamos, ambos experimentamos la misma paz y la misma certeza de que Dios estaba guiando ese proceso.

Al día siguiente llamé para averiguar cuáles eran los pasos que debíamos seguir y ocurrió algo que, hasta hoy, considero una clara muestra de la providencia de Dios. Había una hora disponible para asistir a la primera inducción, justamente al día siguiente de haber tomado nuestra decisión. Aquello fue el comienzo de un camino que el Señor fue abriendo delante de nosotros.

Después vinieron los trámites. Debimos reunir numerosos documentos, participar en entrevistas y evaluaciones psicológicas, tanto como matrimonio como de manera individual. También evaluaron a Esteban, que entonces tenía once años, para conocer cómo viviría la llegada de una hermana. Recibimos la visita de una asistente social en nuestro hogar y atravesamos cada una de las etapas del proceso.

Todo ocurrió con una rapidez que sorprendía incluso a quienes conocían el sistema. Fuimos aprobados en un tiempo inusualmente breve y comenzamos a esperar. Ya no se trataba solamente de completar requisitos; ahora confiábamos en que, en el momento señalado por Dios, llegaría la hija que Él había preparado para nuestra familia.

Lo que ocurrió después sigue emocionándome cada vez que lo recuerdo. Desde aquella primera llamada telefónica hasta

el día en que nuestra pequeña llegó a casa transcurrieron exactamente nueve meses.

Cada vez que compartimos esta historia, muchas personas nos dicen que fue un milagro. Yo también lo creo. Mientras nosotros recorríamos el proceso de adopción, Dios estaba preparando a nuestra hija para llegar a nuestro hogar. De alguna manera que solo Él podía diseñar, permitió que la espera tuviera la misma duración que un embarazo. Siempre he pensado que esos nueve meses fueron el tiempo en que Dios estuvo "gestando" a nuestra hija para nosotros. No en el vientre de Mariela, sino en su perfecta voluntad y en su soberano amor.

La llegada de Melisa nos permitió comprender de una manera profundamente personal una de las verdades más hermosas del evangelio. La Biblia utiliza la adopción para describir nuestra relación con Dios. Nosotros no pertenecíamos naturalmente a su familia, pero por su gracia fuimos recibidos, amados y llamados hijos.

Aquella verdad dejó de ser solamente una doctrina para convertirse en una experiencia vivida dentro de nuestro propio hogar.

Melisa no llegó a nuestra familia por casualidad. Llegó porque Dios había preparado una historia donde el amor sería más fuerte que cualquier circunstancia. La paternidad tiene muchas formas, pero todas nos recuerdan una misma realidad: los hijos son un regalo que Dios nos confía, nunca una propiedad que nos pertenece.

Cada uno de nuestros hijos ha sido un maestro en el camino de la fe. Esteban nos enseñó sobre la dependencia de Dios, la oración y la perseverancia en medio de la incertidumbre. Melisa nos enseñó la gracia, la aceptación y el amor que recibe sin condiciones.

A través de ambos comprendí que Dios no solo me estaba formando como padre; también estaba moldeando el corazón del pastor que algún día acompañaría a muchas familias, recordándoles que la gracia siempre llega antes que nuestros méritos y que el amor de Dios tiene el poder de hacer de personas que antes estaban lejos, verdaderos hijos de su familia.

4.2. Dios sigue formando herramientas para el futuro

Años después, Dios continuó utilizando mi interés por la tecnología, fue así como entre 2013 y 2014 realicé una nueva etapa de formación en desarrollo de sitios web dinámicos.

Algunos podrían preguntarse qué relación tiene eso con el ministerio pastoral, con el tiempo comprendí que mucha, Dios estaba preparando herramientas para una época donde la comunicación digital tendría un impacto enorme.

La escritura, los recursos bíblicos, los estudios, las publicaciones y la enseñanza comenzaron a encontrar nuevos espacios a través de la tecnología, aquello que había

aprendido en mi primera etapa profesional ahora podía estar al servicio del Reino. La tecnología dejó de ser solamente una profesión, se convirtió también en un medio para comunicar el evangelio.

4.3. Una nueva mirada sobre la administración: Finanzas

Entre los años 2019 y 2023 viví otra etapa desafiante al decidir estudiar Ingeniería en Finanzas. Ya no estudiaba impulsado por la necesidad de obtener un título o de abrirme camino en el mundo laboral. A esa altura de mi vida estudiaba porque había comprendido que el aprendizaje nunca termina y que cada nueva etapa de formación amplía la manera en que entendemos el mundo y servimos a Dios.

Esta carrera también formaba parte del proceso mediante el cual el Señor seguía preparándome. A primera vista, la administración financiera podría parecer un ámbito muy distante del ministerio pastoral; sin embargo, pronto comprendí que estaba profundamente relacionada con uno de los principios bíblicos más importantes: la mayordomía. Todo lo que Dios pone en nuestras manos —los recursos, el tiempo, las capacidades, las oportunidades e incluso las personas que nos confía para servir— debe ser administrado con sabiduría, fidelidad y responsabilidad.

Aquellos años de estudio ampliaron mi comprensión acerca de la importancia de planificar, ordenar y administrar

correctamente los recursos. Descubrí que la buena administración no es simplemente una habilidad empresarial; también es una virtud cristiana. Una iglesia necesita administrar con integridad los bienes que Dios provee, un pastor debe organizar sabiamente su tiempo y un creyente está llamado a usar responsablemente los dones que ha recibido. Comprendí que la mayordomía atraviesa todas las áreas de la vida y que servir al Señor también implica hacerlo con orden, transparencia y excelencia.

Dios seguía utilizando caminos que, en apariencia, poco tenían que ver con el ministerio pastoral. Sin embargo, una vez más comprobé que el Señor no desperdicia ninguna experiencia. Cada etapa de estudio fue agregando nuevas herramientas para servir mejor a su iglesia y para comprender que la fidelidad no se expresa únicamente en la predicación, sino también en la manera en que administramos todo aquello que Él nos ha confiado.

4.4. Una nueva etapa teológica: nunca dejar de aprender

4.4.1. Licenciatura en Teología

En el año 2024 completé la Licenciatura en Teología. Para mí, aquello representó mucho más que la obtención de un nuevo grado académico. Fue una nueva confirmación de que la pasión por conocer a Dios y profundizar en su Palabra seguía

tan viva como cuando era un niño observando a mi padre preparar sermones. A lo largo de los años comprendí que los títulos tienen un valor relativo; lo verdaderamente importante es conservar un corazón dispuesto a seguir aprendiendo del Señor.

Veo una hermosa continuidad en la manera en que Dios ha dirigido mi vida. El niño que escuchaba atentamente las predicaciones de su padre, el adolescente que comenzaba a enseñar en la iglesia, el joven que soñaba con ingresar al seminario y el adulto que decidió volver a las aulas no son personas distintas. Son las diferentes etapas de una misma historia escrita por la gracia de Dios. Él fue alimentando, paso a paso, un deseo permanente de conocerle mejor para servirle con mayor fidelidad.

4.4.2. Magister en Teología Pastoral

Dos años más tarde, en 2026, el Señor volvió a sorprenderme al abrir la puerta para iniciar un Magíster en Teología Pastoral. Regresar nuevamente a los estudios a los cincuenta y tres años tuvo un significado muy diferente al de mis primeras experiencias académicas. Ya no llegaba únicamente con el entusiasmo de quien desea adquirir nuevos conocimientos, sino también con el equipaje que entregan los años: la experiencia del ministerio, las alegrías y los momentos difíciles, los aciertos y los errores, las conversaciones con personas que buscaban orientación, las lágrimas compartidas con familias en medio del dolor y la

satisfacción de ver vidas transformadas por el poder del evangelio.

Precisamente por eso comprendí que estudiar teología después de muchos años de ministerio resulta profundamente enriquecedor. Cada doctrina deja de ser solamente un contenido académico para convertirse en una verdad que ha sido vivida, predicada y puesta a prueba en la realidad cotidiana. Las Escrituras adquieren una profundidad distinta cuando se leen desde la experiencia de acompañar personas reales y de depender personalmente de la gracia de Dios.

Hoy estoy convencido de que la formación de un pastor nunca concluye. Existe siempre una nueva pregunta que estudiar, un pasaje bíblico que comprender con mayor profundidad, una verdad que aplicar con más fidelidad y un aspecto del carácter de Cristo que imitar. El día que un siervo de Dios piense que ya no necesita seguir aprendiendo, probablemente habrá comenzado a dejar de crecer.

Por esa razón sigo estudiando con el mismo entusiasmo que despertó en mí aquel trabajo de escatología que escribí siendo apenas un niño junto a mi padre. Han pasado muchas décadas desde entonces, pero el deseo permanece intacto. Cuanto más conozco al Señor, más consciente soy de cuánto me queda aún por aprender de Él y de su Palabra.

4.5. La obra continua del Maestro

Cuando observo mi historia en perspectiva, puedo distinguir una línea que atraviesa cada una de sus etapas. Durante muchos años pensé que mi vida estaba dividida en capítulos independientes: la informática, la teología, la tecnología, las finanzas, el trabajo, la familia y el ministerio. Sin embargo, con el paso del tiempo comprendí que nunca fueron historias separadas. Todas formaban parte de la misma obra que Dios venía realizando silenciosamente en mi vida.

Cada etapa aportó algo que las demás no podían entregar. La informática desarrolló en mí una manera ordenada de pensar y abordar los problemas; la teología profundizó mi comprensión de las Escrituras y fortaleció mis convicciones doctrinales; la tecnología me abrió nuevas posibilidades para comunicar el evangelio; las finanzas ampliaron mi comprensión de la mayordomía y la buena administración; la vida laboral me enseñó a relacionarme con personas muy diferentes entre sí; la familia moldeó mi carácter, enseñándome responsabilidad, paciencia y amor; y la iglesia me mostró que el verdadero liderazgo siempre comienza sirviendo a los demás.

Dios no desperdició ninguna de esas experiencias. Incluso aquellas etapas que en algún momento consideré desvíos o demoras terminaron convirtiéndose en herramientas para el ministerio. Lo que parecía una pausa era, en realidad, parte de la preparación. Lo que parecía un camino distinto era

simplemente otra aula donde el Maestro seguía formando a su discípulo.

Esa ha sido una de las grandes lecciones de mi vida: Dios no prepara personas únicamente para una tarea; primero las forma para Él. Antes de confiarles responsabilidades, trabaja en su carácter. Antes de abrir nuevas puertas, fortalece sus convicciones. Antes de enviarlas a servir, les enseña a depender de su gracia.

Por eso hoy puedo mirar cada etapa con profunda gratitud. Los años dedicados a la profesión no fueron una interrupción del llamado; los estudios no consistieron solamente en acumular conocimientos o conseguir nuevos títulos; las pruebas familiares no fueron obstáculos para el ministerio, sino parte de la escuela donde Dios moldeó mi corazón. Cada experiencia fue una herramienta en las manos del Señor para hacer de mí el hombre que Él quería utilizar.

Y mientras escribo estas páginas, sigo convencido de que esa obra aún no ha terminado. El mismo Dios que me llamó desde mi juventud continúa enseñándome, corrigiéndome y transformándome. Después de tantos años, puedo afirmar con más certeza que nunca que Él ha hecho —y sigue haciendo— mucho más abundantemente de lo que alguna vez pude pedir o entender.

CAPÍTULO 5: SERVICIO

"Y yo os daré pastores según mi corazón, que os apacienten con ciencia y con inteligencia" Jeremías 3:15.

5.1. Cuando la formación se convierte en servicio: El pastor en la vida real

Hay una diferencia profunda entre estudiar el ministerio y vivir el ministerio. Los libros enseñan principios indispensables, los seminarios entregan herramientas que enriquecen la comprensión de las Escrituras y las aulas ofrecen un espacio privilegiado para desarrollar el pensamiento teológico. Sin embargo, existe una dimensión del ministerio que ningún programa académico puede transmitir por completo. Es una escuela donde no hay exámenes escritos ni diplomas al final del proceso. Esa escuela se llama pastoreo.

El ministerio pastoral no consiste únicamente en preparar buenos sermones o enseñar correctamente la doctrina. Todo eso es importante y forma parte de la responsabilidad de quien predica la Palabra, pero el pastorado comienza realmente cuando uno aprende a caminar junto a las personas mientras Dios hace su obra en sus vidas.

Un pastor no ministra a conceptos teológicos, sino a personas de carne y hueso. Personas que llegan con alegrías y esperanzas, pero también con heridas profundas,

matrimonios quebrantados, enfermedades, dudas, temores y preguntas para las cuales muchas veces no existen respuestas sencillas. Es allí donde la teología deja de ser solamente conocimiento y se convierte en acompañamiento, consuelo y dirección espiritual.

Dios no me preparó únicamente mediante los años de estudio o la formación profesional. También utilizó la iglesia real como una escuela permanente. Allí aprendí a celebrar junto a quienes celebraban y a llorar con quienes lloraban; a escuchar antes de hablar, a acompañar antes de aconsejar y a comprender que muchas veces la presencia fiel vale más que las palabras elocuentes.

El ministerio pastoral se desarrolla mucho más fuera del púlpito que sobre él. Las predicaciones ocupan unos minutos cada semana, pero el verdadero pastorado se construye en las visitas, en las conversaciones personales, en los hospitales, en los velorios, en las reuniones familiares, en el discipulado y en esos encuentros donde las personas abren su corazón esperando encontrar no solamente respuestas, sino alguien dispuesto a caminar con ellas.

Fue precisamente en esa escuela donde muchas de las herramientas que Dios había desarrollado durante años comenzaron a cobrar sentido. La disciplina adquirida en el mundo profesional, la capacidad para organizar equipos, la experiencia en la resolución de conflictos, la paciencia cultivada en la familia y la formación teológica recibida en el seminario dejaron de ser experiencias aisladas. Todas ellas

comenzaron a integrarse en una sola vocación: servir a Cristo sirviendo a su iglesia.

El pastor no es llamado a impresionar a las personas, sino a amarlas, no es llamado a demostrar cuánto sabe, sino a ayudar a otros a conocer mejor a Cristo. El ministerio no gira alrededor del pastor; gira alrededor de la obra que Dios quiere realizar en la vida de su pueblo.

Puedo afirmar con gratitud que Dios utilizó cada etapa de mi historia para prepararme para esta escuela que nunca termina. Porque el pastorado no es una meta que se alcanza, sino una vocación que se vive cada día, aprendiendo continuamente del Buen Pastor, quien sigue formando a quienes ha llamado para cuidar de su rebaño.

5.2. Del conocimiento al cuidado

Después de años de preparación llegó el momento en que todo aquello que había aprendido comenzó a expresarse en el servicio cotidiano. La teología nunca fue diseñada para permanecer encerrada entre las páginas de un libro o dentro de las aulas de un seminario. Su verdadero propósito es transformar la vida de quien la estudia y, desde allí, bendecir la vida de otros.

Existe una gran diferencia entre conocer una verdad bíblica y acompañar a una persona mientras esa verdad sostiene su vida en medio de la adversidad. Es posible aprender principios sobre liderazgo en excelentes libros, pero el

verdadero liderazgo se forja cuando uno debe guiar personas reales, con fortalezas, debilidades, expectativas y heridas. Del mismo modo, se puede estudiar ampliamente acerca de la resolución de conflictos, pero la humildad se aprende cuando es necesario escuchar, pedir perdón, tender puentes y trabajar por la restauración de relaciones.

Algo similar ocurre con el amor cristiano. Podemos definirlo correctamente desde la teología, explicar sus fundamentos bíblicos y predicar acerca de él desde un púlpito; sin embargo, su profundidad se comprende cuando permanecemos junto a quien sufre, acompañamos a una familia en medio de una pérdida, oramos con alguien que atraviesa una enfermedad o simplemente estamos presentes cuando las palabras ya no son suficientes.

Fue allí donde entendí que el ministerio pastoral no consiste únicamente en enseñar la verdad, sino en caminar junto a las personas mientras esa verdad transforma sus vidas. Predicar es una parte del llamado, pero pastorear implica mucho más que preparar un sermón. Significa abrir espacio para escuchar, aconsejar, consolar, corregir cuando es necesario y celebrar con quienes experimentan la fidelidad de Dios.

Una convicción que ha marcado mi manera de entender el ministerio: el pastorado no es una posición que se ocupa ni un reconocimiento que se alcanza. Es una vida que, por la gracia de Dios, se entrega diariamente al servicio de Cristo y de su iglesia. Esa es, quizá, una de las lecciones más profundas que el Señor me ha permitido aprender.

5.3. La iglesia como escuela del carácter

He llegado a una convicción que ha marcado profundamente mi manera de entender el ministerio: Dios utiliza la iglesia no solamente como el lugar donde servimos a otros, sino también como la escuela donde Él continúa formando nuestro propio carácter. Durante mucho tiempo es fácil pensar que el pastor es quien llega con respuestas para las personas, pero la realidad es muy distinta. El pastor también sigue siendo un discípulo, un hombre en proceso, alguien a quien Dios continúa enseñando y transformando día tras día.

Cada conversación, cada familia acompañada, cada desafío ministerial, cada oración compartida y cada dificultad enfrentada han sido parte de esa formación. Las lecciones más importantes de mi vida no las aprendí en una sala de clases, sino caminando junto al pueblo de Dios. La iglesia ha sido, al mismo tiempo, el lugar donde he servido y el lugar donde el Señor ha trabajado con mayor profundidad en mi propia vida.

Con el tiempo comprendí que Dios no solamente obra a través del pastor; también obra en el pastor. Mientras Él utiliza nuestras palabras para animar, enseñar o consolar a otros, también utiliza las circunstancias del ministerio para confrontar nuestras propias debilidades, corregir nuestras actitudes y hacernos depender cada vez más de su gracia.

Fue así como entendí que la paciencia no se aprende únicamente leyendo acerca de ella, sino esperando en Dios

cuando las respuestas no llegan con la rapidez que quisiéramos. La humildad tampoco se adquiere solamente mediante el estudio, sino reconociendo una y otra vez que nuestras fuerzas son insuficientes y que dependemos completamente del Señor. De la misma manera, el amor pastoral deja de ser un concepto teológico para convertirse en una realidad cuando aprendemos a llevar las cargas de otros, a llorar con quienes lloran y a permanecer presentes aun cuando no tengamos todas las respuestas.

Hoy puedo decir que una de las mayores bendiciones del ministerio ha sido descubrir que Dios nunca deja de formar a quienes ha llamado. Mientras el pastor procura cuidar del rebaño, el Buen Pastor continúa cuidando, corrigiendo y moldeando el corazón de quien lo sirve. Esa obra silenciosa, constante y paciente es, quizás, uno de los regalos más hermosos que el ministerio me ha permitido experimentar.

5.4. Predicar: mucho más que comunicar un mensaje

Desde aquel primer sermón de apenas cinco minutos, cuando los nervios me hicieron leer casi por completo el bosquejo que llevaba en mis manos, hasta las innumerables oportunidades que Dios me ha concedido para enseñar las Escrituras, he ido comprendiendo que la predicación es mucho más que el ejercicio de hablar frente a una congregación. Con el paso de los años, el Señor fue formando en mí una convicción que permanece inalterable: predicar

consiste, ante todo, en administrar fielmente la Palabra de Dios.

El predicador no es el dueño del mensaje ni tiene la libertad de adaptarlo según las expectativas de quienes lo escuchan. Es, simplemente, un administrador de aquello que Dios ya ha revelado. Su responsabilidad no consiste en buscar originalidad a cualquier precio, ni en impresionar por su capacidad oratoria, sino en exponer con claridad, fidelidad y reverencia la verdad contenida en las Escrituras.

La formación teológica fortaleció esa convicción. Estudiar hermenéutica, exégesis y teología sistemática me permitió comprender con mayor profundidad la riqueza de la Palabra de Dios y la enorme responsabilidad que implica enseñarla correctamente. Sin embargo, también descubrí que ningún conocimiento académico puede reemplazar una vida de comunión con el Señor. Una predicación puede estar cuidadosamente estructurada, incluir buenas ilustraciones y ser comunicada con claridad, pero si no nace de un corazón rendido a Dios, difícilmente cumplirá el propósito para el cual fue proclamada.

El primer oyente de cada sermón debe ser el propio predicador. Antes de preparar un mensaje para la iglesia, la Palabra necesita confrontar, corregir, animar y transformar la vida de quien la está estudiando. Solo entonces deja de ser un discurso para convertirse en un testimonio de la obra que Dios continúa realizando en el corazón de su siervo.

Esa realidad me ha acompañado durante todo mi ministerio. Cada vez que abro la Biblia para preparar una enseñanza recuerdo que no estoy buscando simplemente información para transmitir, sino permitiendo que el Señor vuelva a hablar a mi propia vida. La autoridad espiritual del púlpito no proviene únicamente del conocimiento adquirido, sino de una vida que procura someterse diariamente a la autoridad de la misma Palabra que anuncia.

Por eso sigo creyendo que el mayor desafío del pastor no es preparar mejores sermones, sino permanecer cada día como un discípulo de Jesucristo. Antes de enseñar, debe dejarse enseñar por el Maestro. Antes de corregir, necesita permitir que Dios corrija su propio corazón. Antes de guiar a otros, debe caminar humildemente detrás del Buen Pastor. Solo así la predicación deja de ser un ejercicio de comunicación para convertirse en un acto de adoración y de servicio a la iglesia de Cristo.

5.5. La música y el ministerio del corazón

La música nunca dejó de ocupar un lugar importante en mi vida ni en mi ministerio. Aquella vieja guitarra que mis padres me regalaron cuando tenía doce años y el piano acústico que descubrí tiempo después en la Iglesia Bautista Millaray fueron mucho más que instrumentos musicales. Dios los utilizó como parte de su proceso de formación, enseñándome que el servicio cristiano puede alcanzar el

corazón de las personas de maneras diferentes, pero siempre con el mismo propósito: glorificar a Cristo.

La predicación y la música no compiten entre sí; se complementan. La predicación proclama la verdad de Dios con palabras, mientras la música permite que esa misma verdad encuentre expresión en la adoración de su pueblo. Ambas tienen la capacidad de conducir a las personas a contemplar la grandeza, la santidad y la gracia del Señor cuando permanecen centradas en Él.

Dirigir la alabanza es mucho más que ejecutar correctamente un repertorio o procurar que todo salga bien desde el punto de vista musical. El verdadero propósito del ministerio de adoración consiste en ayudar a la congregación a dirigir su mirada hacia Dios, creando un ambiente donde la iglesia pueda responder con gratitud, reverencia y gozo a la obra de Cristo.

Quizá por haber servido durante tantos años tanto en la música como en la predicación, aprendí que ambas áreas enfrentan una misma tentación: desplazar el centro desde Dios hacia quienes ministran. Cuando eso ocurre, la adoración corre el riesgo de convertirse en un espectáculo y la predicación en una exhibición de capacidades humanas. Sin embargo, cuando Cristo ocupa el lugar que le corresponde, tanto la música como la exposición de la Palabra encuentran su verdadero sentido: servir humildemente para que Él sea conocido, amado y exaltado.

Hasta el día de hoy sigo disfrutando profundamente sentarme frente a un piano. Cada nueva melodía que aprendo me recuerda que nunca dejamos de crecer y que siempre hay algo nuevo por descubrir. De la misma manera que el estudio de las Escrituras mantiene vivo el deseo de conocer más al Señor, la música continúa siendo para mí una escuela de sensibilidad, disciplina y adoración.

Uno de los mayores privilegios que Dios puede conceder a un creyente es participar en la adoración de su pueblo. Ya sea predicando la Palabra o acompañando a la congregación desde un instrumento, el propósito siempre es el mismo: que Jesucristo sea el centro y que nuestras vidas, mucho más que nuestras palabras o nuestras canciones, se conviertan en una expresión de alabanza a su nombre.

5.6. Liderar una iglesia: más allá del púlpito

Una de las imágenes más incompletas del ministerio pastoral es pensar que el trabajo del pastor se limita a predicar cada domingo. Sin duda, la exposición fiel de la Palabra ocupa un lugar central en su llamado, pero el pastorado abarca una realidad mucho más amplia, compleja y profundamente humana.

Pastorear significa caminar junto a una congregación en todas las dimensiones de su vida. Significa formar líderes, acompañar equipos de trabajo, administrar responsablemente los recursos que Dios ha confiado a la iglesia, organizar ministerios, tomar decisiones que muchas

veces no son sencillas y procurar que todo contribuya al crecimiento espiritual del pueblo de Dios. Cada congregación tiene desafíos particulares y cada etapa exige discernimiento, paciencia y una constante dependencia del Señor.

El liderazgo pastoral no consiste en hacerlo todo personalmente, sino en ayudar a otros a descubrir, desarrollar y poner al servicio de la iglesia los dones que Dios les ha concedido. Una iglesia saludable no gira alrededor de un pastor, sino alrededor de Cristo, y el pastor tiene el privilegio de equipar a los creyentes para que cada uno participe activamente en la obra del Señor.

Una parte importante del ministerio ocurre lejos de la vista de la congregación. Quienes asisten al culto dominical observan la predicación, pero pocas veces alcanzan a ver las horas de estudio que la preceden, las conversaciones de consejería, las reuniones de planificación, las visitas pastorales, las llamadas telefónicas, las oraciones silenciosas por quienes atraviesan momentos difíciles o las decisiones que deben tomarse buscando siempre la dirección de Dios.

Con frecuencia, las responsabilidades más significativas del ministerio se desarrollan precisamente en esos espacios donde no hay aplausos ni reconocimiento. Es allí donde el pastor aprende a depender del Señor, a perseverar cuando los resultados no son inmediatos y a servir con fidelidad aun cuando gran parte de ese trabajo permanezca invisible para los demás.

Puedo decir que esas horas silenciosas han sido tan formativas como las oportunidades de predicar. Dios ha utilizado tanto el púlpito como la oficina pastoral, tanto las reuniones congregacionales como las conversaciones privadas, para seguir moldeando mi carácter y recordarme que el liderazgo cristiano nunca consiste en ocupar un lugar de privilegio, sino en seguir el ejemplo de Aquel que «no vino para ser servido, sino para servir» (Mt. 20:28).

El éxito del ministerio no se mide únicamente por la calidad de un sermón o por el crecimiento numérico de una congregación. Se mide, sobre todo, por la fidelidad con que un pastor ama a las personas, cuida del rebaño que Dios ha puesto bajo su responsabilidad y procura que, en todo lo que hace, Cristo sea conocido y glorificado.

5.7. Las personas como prioridad

Si hay una convicción que el ministerio ha fortalecido profundamente en mi corazón, es que la iglesia nunca debe ser vista como un proyecto que administrar, sino como una familia que cuidar. Con el paso de los años he aprendido a valorar la importancia de la organización, la planificación y el buen funcionamiento de los distintos ministerios. Todo ello es necesario y forma parte de una administración responsable de la obra de Dios. Sin embargo, ninguna estructura, por eficiente que sea, puede reemplazar el amor genuino por las personas.

La iglesia está formada por hombres y mujeres con historias diferentes, alegrías que celebrar y cargas que muchas veces llevan en silencio. Detrás de cada rostro hay una vida que Dios conoce profundamente y que merece ser atendida con el mismo cuidado con que el Buen Pastor cuida de sus ovejas. Esa realidad transforma la manera de entender el liderazgo pastoral. Ya no se trata simplemente de dirigir actividades o coordinar programas, sino de caminar junto a personas reales mientras el Señor continúa obrando en sus vidas.

El ministerio nunca puede medirse únicamente por la cantidad de actividades realizadas o por los resultados visibles de una congregación. El verdadero fruto del pastorado también se encuentra en esas conversaciones que nadie más conoce, en las oraciones compartidas en medio del dolor, en el acompañamiento paciente durante los procesos de restauración y en la disposición permanente para escuchar, orientar y servir.

Jesús mismo nos mostró cuál es el centro del ministerio. Él no entregó su vida para sostener una estructura religiosa ni para preservar una organización humana. La entregó por personas. Miró a cada individuo con compasión, se acercó a quienes eran ignorados, restauró a los quebrantados y llamó a sus discípulos a hacer lo mismo.

Por eso sigo creyendo que el corazón del ministerio pastoral debe reflejar el corazón de Cristo. Predicar con fidelidad es indispensable, organizar con sabiduría es necesario y liderar con responsabilidad es parte del llamado, pero nada de ello tiene verdadero valor si perdemos de vista a las personas por

quienes el Señor derramó su sangre. Al final, el ministerio siempre vuelve al mismo lugar: amar a Dios, amar a su iglesia y caminar junto a ella con la gracia, la paciencia y la compasión que primero hemos recibido de Él.

5.8. Una visión más amplia del llamado

Con el paso de los años el ministerio pastoral también fue madurando. Cuando era joven, como ocurre con muchos que sienten el llamado de Dios, pensaba que el centro del ministerio era la predicación. Sin embargo, la experiencia me enseñó que el púlpito, siendo indispensable, representa solo una parte de una vocación mucho más amplia y profunda.

Dios no llama únicamente a predicar; llama a servir. La proclamación fiel de las Escrituras es una responsabilidad irrenunciable, pero el ministerio también se expresa en la enseñanza personal, en el discipulado, en la formación de nuevos líderes, en la administración responsable de la iglesia, en la consejería, en la visitación, en la oración junto a quienes sufren y en el acompañamiento paciente de aquellos que están dando sus primeros pasos en la fe. Todo aquello que contribuye a la edificación del cuerpo de Cristo forma parte del llamado pastoral.

Muchas de las tareas más importantes del ministerio ocurren lejos del púlpito y, en ocasiones, lejos de la vista de la congregación. Son conversaciones que nunca serán contadas, oraciones elevadas en silencio, decisiones tomadas con temor y dependencia del Señor, visitas a hospitales,

acompañamiento en momentos de duelo y horas dedicadas a escuchar a personas que necesitan encontrar esperanza en medio de sus circunstancias. Es allí donde el ministerio deja de ser una función y se convierte en una expresión concreta del amor de Cristo.

Quizá por eso hoy entiendo el llamado pastoral de una manera mucho más integral que cuando era joven. El Señor no me llamó simplemente a preparar sermones ni a dirigir una congregación; me llamó a cuidar de las personas que Él ama, a servir a su iglesia con los dones que me ha concedido y a procurar que, en todo lo que haga, Cristo sea conocido y exaltado.

Al mirar el camino recorrido, puedo afirmar con gratitud que el ministerio nunca ha consistido únicamente en hablar acerca de Jesús, sino en procurar reflejar su carácter en la manera de vivir. Porque, al final, un pastor no es solamente alguien que entrega mensajes desde un púlpito. Es un hombre que, por la gracia de Dios, aprende cada día a entregar su vida al servicio de Cristo y de su iglesia.

5.9. La gracia que sostiene

Al detenerme a contemplar el camino recorrido, descubro una continuidad que durante muchos años no fui capaz de ver. El niño que acompañaba a su padre en campañas evangelísticas, el adolescente que soñaba con sentarse junto a la banca de músicos, el joven que escuchó con claridad el llamado de Dios en un retiro en Lican Ray, el profesional que

aprendió disciplina y responsabilidad en el mundo laboral, el estudiante que volvió una y otra vez a las aulas para profundizar en el conocimiento de las Escrituras y el pastor que comenzó a caminar junto a personas reales no son historias diferentes. Son las distintas etapas de una misma obra que Dios ha venido desarrollando pacientemente a lo largo de toda mi vida.

He comprendido que el Señor nunca estuvo improvisando. Aun en aquellos momentos en que yo no alcanzaba a entender el propósito de ciertas decisiones, Él ya estaba preparando el siguiente paso. Ninguna experiencia fue inútil, ningún aprendizaje quedó aislado y ninguna espera estuvo fuera de su voluntad. Cada etapa añadió una nueva herramienta, fortaleció una convicción o moldeó un aspecto de mi carácter que más adelante sería necesario para servirle con mayor fidelidad.

Esa mirada también ha transformado mi manera de entender el llamado pastoral. Hoy sé que este no se construye únicamente a partir de experiencias extraordinarias o de momentos que quedan grabados para siempre en la memoria. La mayor parte de la obra de Dios ocurre en la fidelidad cotidiana: en el estudio constante de su Palabra, en el servicio silencioso, en las responsabilidades asumidas con integridad, en las decisiones tomadas con temor del Señor y en la perseverancia cuando los resultados aún no son visibles.

Dios estaba escribiendo una historia mucho más grande de lo que yo podía imaginar. Y al mirar hacia adelante,

encuentro la misma certeza que ha sostenido mi vida desde la juventud: el Señor aún no ha terminado su obra. Todavía continúa enseñándome, corrigiéndome y formando en mí el carácter de Cristo, porque la preparación de un siervo nunca concluye mientras el Maestro siga guiando sus pasos.

Si algo resume mi historia hasta este punto, no es la suma de los estudios realizados, de los ministerios desempeñados o de las responsabilidades asumidas. Lo que verdaderamente la define es la fidelidad de Dios. Él ha sido quien abrió las puertas, sostuvo mi vida en los momentos difíciles, corrigió mi rumbo cuando fue necesario y utilizó cada etapa para prepararme para la siguiente.

Por eso sigo creyendo, con más convicción que nunca, las palabras que abren estas páginas: Dios es poderoso para hacer **mucho más abundantemente** de lo que pedimos o entendemos. Mi historia es, simplemente, un pequeño testimonio de esa gracia que nunca deja de formar, sostener y sorprender a quienes deciden caminar de la mano del Señor.

CAPÍTULO 6: UN SIERVO FORMADO POR LA GRACIA

"Y lo que has oído de mí ante muchos testigos, esto encarga a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros" 2

Timoteo 2:2

6.1. Cuando Dios transforma conocimiento en servicio: La formación del pastor en la vida real

Con el paso de los años descubrí que la formación de un pastor nunca concluye al recibir un título, finalizar un programa académico o completar un seminario. Esos momentos representan hitos importantes y necesarios, pero están lejos de ser el final del proceso. En realidad, la verdadera formación comienza cuando el conocimiento adquirido deja de permanecer en los libros y empieza a encontrarse con la realidad de las personas.

Muy pronto comprendí que existe una diferencia profunda entre aprender principios ministeriales en un aula y vivirlos en el día a día de una congregación. Es posible estudiar acerca del liderazgo, pero el verdadero liderazgo se aprende cuando debemos caminar junto a personas con historias distintas, heridas profundas, expectativas diversas y necesidades que muchas veces no tienen respuestas sencillas. De la misma manera, se puede conocer ampliamente la

doctrina de la iglesia, pero solo el servicio cotidiano permite comprender la riqueza y, al mismo tiempo, la complejidad de la vida congregacional.

Lo mismo ocurre con la predicación. Preparar un sermón acerca de la fe es una tarea indispensable para quien ha sido llamado a enseñar la Palabra. Sin embargo, esa misma fe adquiere una dimensión completamente distinta cuando debemos acompañar a un hermano en una sala de hospital, sostener a una familia en medio del duelo o animar a alguien que atraviesa una prueba donde las respuestas parecen no llegar. En esos momentos, las verdades que hemos estudiado dejan de ser únicamente contenido teológico y se convierten en el fundamento sobre el cual las personas pueden seguir confiando en Dios.

El Señor nunca estuvo preparándome solamente para predicar sermones. Desde mucho antes, estaba formando en mí el corazón de un pastor. Mientras desarrollaba mi vida profesional, continuaba estudiando y servía en diferentes áreas de la iglesia, Dios iba moldeando silenciosamente el carácter, la sensibilidad y las convicciones que más adelante serían necesarias para cuidar de su pueblo.

Fue entonces cuando entendí que el ministerio pastoral no consiste únicamente en transmitir conocimiento bíblico, sino en permitir que esa verdad se haga visible a través de una vida de servicio. Porque, al final, el mayor desafío de un pastor no es demostrar cuánto sabe de las Escrituras, sino reflejar, con su manera de vivir y de servir, el corazón del Buen Pastor que dio su vida por sus ovejas.

6.2. El seminario y la realidad del ministerio

Cuando finalmente llegó el momento de iniciar mi formación teológica formal, no lo hice como quien comienza un camino completamente nuevo. Llegué al seminario llevando conmigo una historia que Dios había estado escribiendo durante muchos años. No era solamente un estudiante con deseos de adquirir conocimientos bíblicos; era un creyente que había crecido en la iglesia, había servido desde la adolescencia, había aprendido a amar la música como una expresión de adoración, había conocido las exigencias del mundo profesional y comenzaba a comprender las responsabilidades de la vida familiar. Todo ese recorrido también formaba parte de mi preparación.

El seminario no fue el inicio de mi formación teológica, sino la continuación de una obra que Dios había comenzado mucho antes. Recordé entonces aquellos días de mi infancia cuando mi padre, presionado por el tiempo, me pidió ayuda para preparar un trabajo de escatología. Mientras escribía a máquina, buscaba referencias bíblicas y conversaba con él acerca de mis hallazgos, sin darme cuenta estaba dando mis primeros pasos en el estudio serio de las Escrituras. Aquella experiencia, que en ese momento parecía tan sencilla, terminó despertando una curiosidad que nunca volvería a apagarse.

Los años de estudio me permitieron profundizar en disciplinas que ampliaron mi comprensión de la Palabra de Dios. La hermenéutica me enseñó a interpretar

correctamente el texto bíblico; la exégesis me desafió a descubrir el sentido original de las Escrituras; la teología sistemática me ayudó a comprender la unidad de las grandes doctrinas de la fe; la historia de la iglesia me recordó que formamos parte de una obra que Dios viene desarrollando desde hace siglos; y las asignaturas relacionadas con la predicación y el cuidado pastoral me mostraron la enorme responsabilidad que implica enseñar y pastorear al pueblo de Dios.

Sin embargo, una de las lecciones más importantes que recibí durante aquellos años fue comprender que el propósito de la teología nunca ha sido producir personas que simplemente sepan más, sino creyentes que conozcan mejor a Dios y, precisamente por eso, le sirvan con mayor fidelidad. Mientras más profundizaba en las Escrituras, más consciente era de la responsabilidad que implica abrir la Biblia delante de una congregación y decir: «Así dice el Señor». Aquello despertó en mí un profundo respeto por la predicación y una renovada dependencia de la gracia de Dios.

Con el tiempo llegué a una convicción que ha permanecido conmigo hasta hoy: la buena teología siempre produce humildad. Cuando el estudio de la Palabra nos acerca verdaderamente al Dios de las Escrituras, no alimenta el orgullo intelectual ni el deseo de demostrar cuánto sabemos. Al contrario, nos hace conscientes de nuestra pequeñez, aumenta nuestra admiración por la grandeza del Señor y fortalece el deseo de servir con mayor amor a su iglesia.

Por eso sigo creyendo que el conocimiento bíblico alcanza su verdadero propósito solamente cuando transforma la vida de quien lo estudia. La teología que no conduce a una adoración más profunda, a una mayor dependencia del Señor y a un amor más sincero por las personas corre el riesgo de convertirse únicamente en información. Pero cuando la verdad de Dios desciende de la mente al corazón y del corazón a la vida, entonces deja de ser simplemente conocimiento para convertirse en un instrumento mediante el cual el Señor continúa formando a sus siervos.

6.3. El pastor que aprende caminando

Una de las lecciones más profundas que el Señor me ha enseñado a lo largo de los años es que el ministerio pastoral nunca se aprende por completo dentro de un aula. Los seminarios entregan fundamentos indispensables; los libros amplían nuestra comprensión de las Escrituras y la teología ordena nuestras convicciones. Sin embargo, existe una escuela donde ningún profesor puede reemplazar la experiencia: la iglesia misma.

Cuando uno comienza a pastorear, descubre muy pronto que el ministerio real es muy distinto al que alguna vez imaginó. Desde afuera solemos pensar en el púlpito, en la predicación del domingo o en la enseñanza bíblica. Pero la mayor parte del pastorado ocurre lejos de la plataforma, en conversaciones que nadie ve, en visitas silenciosas, en hospitales, en hogares donde las lágrimas reemplazan las

palabras, en reuniones difíciles, en llamados telefónicos inesperados y en largas horas de oración por personas que atraviesan momentos complejos.

Con el tiempo comprendí que el pastor no trabaja principalmente con programas ni con actividades; trabaja con personas. Y cada persona llega con una historia diferente. Algunos necesitan dirección, otros consuelo; algunos requieren ser exhortados con firmeza y otros solamente necesitan que alguien permanezca a su lado mientras atraviesan una temporada de dolor. Ningún libro puede enseñarnos completamente cómo responder a cada una de esas situaciones. Allí es donde comenzamos a depender de la sabiduría del Señor más que de nuestros propios conocimientos.

La preparación académica me entregó herramientas valiosas para interpretar correctamente las Escrituras, comprender la doctrina cristiana y comunicar fielmente el mensaje bíblico. Pero el ejercicio cotidiano del ministerio me mostró que el conocimiento, por sí solo, nunca es suficiente. La verdad necesita ir acompañada de gracia; la firmeza debe caminar junto a la compasión; y la convicción doctrinal siempre debe expresarse con un profundo amor por las personas.

Al contemplar la vida de Jesús descubrí que ese era precisamente su modelo de ministerio. Nunca sacrificó la verdad para agradar a las personas, pero tampoco utilizó la verdad para herirlas. Confrontó el pecado con claridad, pero extendió misericordia al pecador arrepentido. Enseñó con autoridad, pero también dedicó tiempo a escuchar, caminar

y compartir la vida con quienes lo seguían. Su ministerio nunca estuvo limitado a un discurso; fue una vida entregada por completo al servicio de otros.

Ese ejemplo comenzó a moldear profundamente mi propia comprensión del pastorado. Entendí que Dios no me estaba llamando únicamente a preparar sermones, sino a acompañar personas. No solo a explicar las Escrituras, sino a caminar junto a quienes procuraban vivirlas. Porque, al final, el ministerio pastoral no consiste simplemente en transmitir conocimiento bíblico; consiste en reflejar, con nuestras palabras y con nuestra vida, el carácter del Buen Pastor.

6.4. Servir más allá del púlpito

Con el paso de los años descubrí que muchas personas tienen una visión bastante reducida del ministerio pastoral. Cuando piensan en un pastor, suelen imaginar a alguien detrás de un púlpito predicando cada domingo. Sin embargo, esa es solamente la parte más visible de una labor que se desarrolla, en gran medida, lejos de la mirada de la congregación.

Predicar la Palabra es, sin duda, una de las responsabilidades más hermosas y solemnes que Dios puede confiar a un siervo. Pero el pastorado abarca mucho más que la preparación de un sermón. También implica acompañar a las personas en los momentos decisivos de su vida, escuchar con paciencia, aconsejar con sabiduría, visitar hogares, orar junto a quienes sufren, formar nuevos líderes, organizar el trabajo de la iglesia, administrar con responsabilidad los recursos

que Dios provee y tomar decisiones que, muchas veces, no son sencillas ni populares.

Con frecuencia, las tareas que menos se ven son precisamente las que más profundamente moldean el corazón del pastor. Es en el trato cotidiano con las personas donde aprendemos que la paciencia no se desarrolla leyendo acerca de ella, sino ejercitándola una y otra vez. La humildad no nace de nuestros aciertos, sino de reconocer nuestras limitaciones y aceptar que también nosotros necesitamos la gracia de Dios cada día. La dependencia del Señor se hace más real cuando descubrimos que nuestras capacidades resultan insuficientes para enfrentar los desafíos del ministerio, y la perseverancia se fortalece cuando el fruto del trabajo tarda en aparecer y debemos seguir sembrando con fidelidad.

Mirando mi propio camino, puedo afirmar que Dios utilizó cada una de esas responsabilidades para continuar formando mi carácter. Muchas de las lecciones más importantes que he aprendido no surgieron durante una clase de teología ni mientras preparaba una predicación, sino en las innumerables experiencias que acompañan la vida cotidiana de una iglesia local. Allí comprendí que el ministerio pastoral no consiste solamente en hacer cosas para Dios, sino, sobre todo, en permitir que Dios continúe haciendo su obra en nosotros.

Con el tiempo entendí que ese siempre ha sido el método del Señor. Antes de conceder visibilidad, trabaja en lo secreto. Antes de ampliar nuestra influencia, forma nuestro carácter.

Antes de confiarnos el cuidado de otras personas, nos enseña a caminar humildemente delante de Él. Porque, al final, Dios no busca simplemente predicadores elocuentes o líderes capaces; busca hombres y mujeres cuyo corazón haya sido moldeado por su gracia y cuya vida refleje el carácter de Cristo.

6.5. La riqueza de una formación diversa

Cuando hoy observo el camino que el Señor ha trazado en mi vida, descubro que ninguna etapa fue aislada ni careció de sentido. Lo que durante muchos años me pareció una sucesión de experiencias independientes era, en realidad, un proceso cuidadosamente dirigido por la mano de Dios. Él iba uniendo cada pieza de una historia que solo con el paso del tiempo pude comenzar a comprender.

La informática desarrolló en mí el pensamiento analítico, el orden y la capacidad para estructurar procesos complejos. Las finanzas ampliaron mi comprensión de la administración responsable y de la mayordomía de los recursos. La música cultivó la disciplina, la sensibilidad y el privilegio de adorar al Señor sirviendo a otros. La vida familiar moldeó mi carácter, enseñándome responsabilidad, paciencia y compromiso. La iglesia me formó en el servicio, el amor por las personas y el valor de caminar junto al pueblo de Dios. Finalmente, la formación teológica me permitió profundizar en el conocimiento de las Escrituras y

comprender con mayor claridad la riqueza de la verdad revelada por Dios.

Durante mucho tiempo no entendí por qué el Señor me llevaba por caminos que parecían tan distintos entre sí. En más de una ocasión me pregunté por qué debía dedicar tantos años a una profesión relacionada con la informática cuando, desde mi juventud, tenía la convicción de haber sido llamado al ministerio pastoral. También me preguntaba por qué debía invertir tiempo en adquirir conocimientos que, aparentemente, tenían poca relación con la predicación o el cuidado de una congregación.

Dios no estaba formando solamente a un predicador; estaba formando a un pastor. Y el ministerio pastoral exige mucho más que la capacidad de preparar un buen sermón. Requiere comprender a las personas, liderar equipos, administrar con sabiduría los recursos que Dios pone en nuestras manos, comunicar con claridad, tomar decisiones en momentos complejos, acompañar procesos de crecimiento y enfrentar desafíos que trascienden el ámbito puramente teológico.

Por eso, hoy puedo afirmar que ninguna de aquellas experiencias fue accidental. Cada estudio, cada trabajo, cada responsabilidad y cada desafío fueron herramientas que el Señor utilizó para prepararme. Lo que en su momento parecía un desvío terminó siendo parte del camino; lo que pensé que era una pausa resultó ser una etapa de formación. Dios estaba construyendo, con infinita paciencia, el fundamento sobre el cual habría de desarrollar el ministerio que había puesto en mi corazón muchos años antes.

Al mirar mi historia con esa perspectiva, entiendo mejor una verdad que ha acompañado toda mi vida: el Señor nunca desperdicia nada de lo que vivimos cuando nuestras vidas están en sus manos. Aun las experiencias que parecen alejarnos de nuestro propósito pueden convertirse, por su gracia, en los instrumentos con los que Él nos prepara para cumplirlo. Porque Dios no improvisa con sus siervos; los forma pacientemente, pieza por pieza, hasta que cada experiencia encuentra su lugar dentro de la obra que Él mismo ha diseñado.

6.6. La gracia de seguir aprendiendo

Una de las convicciones más profundas que el Señor ha formado en mí a través de los años es que nunca debemos dejar de aprender. Con frecuencia, después de haber recorrido un largo camino en el ministerio, existe una tentación silenciosa: pensar que la experiencia acumulada es suficiente, que los años de servicio nos permiten descansar en lo que ya conocemos o que, porque hemos predicado muchas veces, ya hemos llegado a comprender plenamente la riqueza de las Escrituras.

Sin embargo, mientras más nos acercamos a la Palabra de Dios, más descubrimos la profundidad inagotable de su verdad. La Biblia no es un libro que simplemente dominamos; es la revelación de un Dios infinito que continúa enseñándonos, confrontándonos y transformándonos. Siempre existe una nueva dimensión que comprender, una

verdad que aplicar con mayor profundidad y una forma más fiel de vivir aquello que Él nos ha revelado.

Por esa razón, a lo largo de los años he procurado mantener un espíritu de estudiante. No porque el llamado de Dios haya sido insuficiente, ni porque la experiencia ministerial carezca de valor, sino precisamente porque entiendo la grandeza de ese llamado. Quien ha recibido la responsabilidad de enseñar la Palabra de Dios nunca debería asumir que ya no necesita crecer.

La preparación no termina cuando una persona recibe un título, ocupa un lugar de liderazgo o acumula años de servicio. De hecho, mientras mayor es la responsabilidad espiritual que Dios entrega, mayor debe ser también nuestro compromiso con seguir aprendiendo. La enseñanza bíblica requiere humildad, porque siempre estamos tratando con una verdad que nos supera y con un Dios cuya grandeza nunca podremos agotar completamente.

El niño que escuchaba a su padre enseñar las Escrituras, el adolescente que comenzaba a enseñar en la iglesia, el joven que soñaba con prepararse para el ministerio, el adulto que volvió a las aulas después de años de trabajo y responsabilidades, todos forman parte de la misma obra de Dios.

Por eso, llegar nuevamente a los libros, estudiar teología y continuar mi formación no representa simplemente alcanzar nuevos grados académicos. Es una expresión de amor por

Cristo, respeto por su Palabra y compromiso con aquellos a quienes Él me permite servir.

Porque el pastor que deja de aprender corre el riesgo de comenzar a enseñar solamente desde su pasado. Pero el pastor que permanece como discípulo sigue siendo moldeado por el Maestro y puede servir con un corazón renovado, consciente de que la tarea más grande de toda una vida sigue siendo conocer más profundamente a Aquel a quien hemos sido llamados a anunciar.

6.7. Un siervo formado por la gracia

Cuando miro mi historia completa, no veo una línea perfecta ni un camino construido sin dificultades. No veo una trayectoria donde todo ocurrió exactamente como lo había imaginado. Veo una vida formada a través de procesos, de aprendizajes, de esperas y de momentos donde solamente pude confiar en que Dios seguía obrando, aun cuando no entendía completamente lo que estaba haciendo.

Veo etapas donde el Señor abrió puertas que jamás habría podido abrir por mis propias fuerzas. Veo momentos donde me permitió avanzar con claridad y otros donde me enseñó que sus tiempos son diferentes a los míos. Veo decisiones acertadas, pero también veo limitaciones, errores y momentos donde tuve que aprender nuevamente a depender de su gracia.

Pero sobre todas esas cosas, veo la fidelidad de Dios.

Veó su gracia en aquel niño que creció escuchando la Palabra junto a sus padres y que, sin comprenderlo completamente, estaba siendo formado para amar las Escrituras. Veó su gracia en aquella guitarra sencilla que llegó a mis manos y que se convirtió en una herramienta para servirle. Veó su gracia en los años de formación profesional, cuando pensé que quizás estaba recorriendo un camino diferente, pero donde Dios estaba desarrollando capacidades que más adelante serían útiles para el ministerio.

Veó su gracia cuando me permitió volver a sentarme como estudiante, abrir nuevamente los libros y profundizar en la riqueza de su Palabra. Veó su gracia en cada persona que he podido acompañar, en cada oportunidad de enseñar, en cada experiencia donde el Señor me recordó que el ministerio no depende de nuestras capacidades, sino de su poder obrando a través de vidas rendidas a Él.

Porque al final, esta no es la historia de una persona que logró prepararse lo suficiente para servir a Dios. Es la historia de un Dios soberano y misericordioso que tomó una vida común, con fortalezas y debilidades, con sueños y temores, con aciertos y aprendizajes, y decidió utilizarla para cumplir sus propósitos.

El ministerio no nació de mi capacidad para alcanzar a Dios; nació de la gracia de un Dios que primero me alcanzó a mí.

La conclusión no puede ser otra: Dios ha sido fiel.

Él estuvo presente en cada etapa, incluso en aquellas que no comprendía. Él estaba formando, guiando y preparando mucho antes de que yo pudiera verlo.

Y hoy puedo reconocer con humildad que todo lo que soy y todo lo que he podido hacer en su servicio ha sido solamente una expresión de aquella verdad que ha acompañado mi vida desde el comienzo: *Dios es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos.*

CAPÍTULO 7: LA FIDELIDAD DE DIOS

"Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo Jehová" Isaías 55:8

7.1. Cuando el camino se vuelve más profundo: La fidelidad de Dios en las temporadas difíciles

Existe una parte de la vida ministerial que pocas veces aparece en los testimonios públicos. Generalmente hablamos de los comienzos, del momento del llamado, de las oportunidades que Dios abrió y de aquellas experiencias donde pudimos ver claramente su mano obrando. Recordamos las respuestas a la oración, los frutos visibles y las puertas que el Señor permitió atravesar.

Sin embargo, hay otra dimensión del camino que muchas veces permanece en silencio: aquellos procesos donde Dios trabaja profundamente en el corazón de sus siervos mientras nadie más está mirando.

Porque el ministerio no solamente se construye en los momentos de avance, reconocimiento o crecimiento. Muchas veces las raíces más profundas se desarrollan en temporadas de espera, de incertidumbre, de cansancio y de dependencia absoluta del Señor. Son momentos donde no siempre vemos

resultados inmediatos, donde las respuestas no llegan con la rapidez que esperamos y donde debemos aprender a confiar en la fidelidad de Dios más que en nuestras propias circunstancias.

Con el paso de los años he comprendido que Dios utiliza tanto las oportunidades como las dificultades para formar a quienes Él llama. Las etapas de bendición nos recuerdan su bondad y nos llenan de gratitud; pero las temporadas difíciles revelan nuestras verdaderas dependencias y nos enseñan a descansar más profundamente en Él.

Las alegrías fortalecen nuestra fe, pero las pruebas transforman nuestro carácter. Los tiempos de abundancia nos permiten celebrar la fidelidad de Dios, mientras que los tiempos de escasez nos enseñan a depender de ella.

Muchas de las lecciones más valiosas de mi vida no nacieron en los momentos donde todo parecía avanzar, sino precisamente en aquellas etapas donde tuve que seguir caminando sin tener todas las respuestas.

Porque Dios no solamente forma a sus siervos a través de lo que les entrega; también los forma a través de aquello que les pide atravesar.

Y muchas veces, cuando pensamos que estamos viviendo una interrupción del propósito de Dios, descubrimos después que era precisamente allí donde Él estaba realizando una obra más profunda.

7.2. El ministerio no es una línea recta

Cuando una persona recibe el llamado de Dios al ministerio, especialmente durante la juventud, es natural imaginar un camino definido y ordenado: preparación, servicio, crecimiento y fruto. Muchas veces pensamos que, si Dios ha llamado a alguien, las etapas siguientes serán evidentes y avanzarán de manera progresiva.

Sin embargo, con los años he aprendido que el camino de Dios casi nunca se desarrolla como una línea recta. Sus planes son perfectos, pero sus procesos muchas veces son diferentes a nuestras expectativas. Él no solamente está interesado en llevarnos hacia una meta determinada; también está profundamente interesado en la persona en la que nos estamos convirtiendo mientras caminamos hacia ella.

Hay temporadas donde avanzamos con claridad y vemos puertas abrirse delante de nosotros. Hay momentos donde experimentamos fruto, confirmación y alegría al ver que aquello que hacemos está siendo utilizado por Dios. Pero también existen etapas donde pareciera que estamos detenidos, donde debemos esperar, donde las circunstancias cambian y donde la fidelidad parece consistir simplemente en seguir obedeciendo, aun cuando no vemos resultados inmediatos.

Mirando mi propia historia, puedo reconocer que hubo momentos en los que pensé que el camino debería haber sido diferente. El joven que soñaba con prepararse para el

ministerio probablemente habría imaginado una ruta más directa. Pero Dios, en su sabiduría, utilizó cada etapa —la formación profesional, el trabajo, la familia, los estudios y las responsabilidades adquiridas a lo largo de los años— para preparar áreas de mi vida que yo todavía no comprendía.

Con el tiempo entendí que la fidelidad no se mide únicamente por los resultados visibles, por el tamaño de una congregación, por el reconocimiento recibido o por la cantidad de logros alcanzados. La fidelidad se mide por permanecer obedientes al Señor y caminar en la dirección que Él nos ha señalado, incluso cuando el proceso parece más lento de lo que esperábamos.

El ministerio no pertenece al pastor. Pertenece a Cristo. Nosotros no somos dueños de la obra; somos administradores de aquello que Él, por su gracia, ha decidido colocar en nuestras manos. La responsabilidad del siervo no es controlar los resultados, sino permanecer fiel al llamado recibido.

Por eso, cuando los planes cambian, cuando las puertas se cierran, cuando aparecen dificultades o cuando los frutos no llegan en el tiempo que esperábamos, la pregunta más importante no debería ser solamente:

“¿Está funcionando lo que estoy haciendo?”

Sino una pregunta mucho más profunda:

“¿Estoy siendo fiel a aquello que Dios me llamó a hacer?”

Porque al final, la obra pertenece al Señor. Él es quien abre caminos, quien da crecimiento y quien determina el fruto. Nuestra responsabilidad es seguir caminando con Él, confiando en que sus procesos siempre tienen un propósito.

7.3. Las personas son el centro del ministerio

Una de las mayores lecciones que el Señor me ha permitido aprender a través de los años es que la iglesia nunca debe ser vista simplemente como una organización que administrar, una estructura que mantener o una serie de actividades que desarrollar. La iglesia es, antes que todo, un pueblo comprado por Cristo y formado por personas que Dios ha confiado a nuestro cuidado.

Personas reales, con historias reales.

Personas que aman al Señor, pero que también enfrentan luchas internas. Personas que tienen fe, pero que atraviesan momentos de cansancio y debilidad. Personas que necesitan ser enseñadas en la verdad de Dios, pero que también necesitan ser escuchadas, acompañadas y sostenidas en medio de sus procesos.

Con el paso de los años comprendí que muchas veces los momentos más significativos del ministerio no ocurren necesariamente desde un púlpito frente a una congregación completa. Aunque la predicación de la Palabra ocupa un lugar fundamental, el pastoreo también ocurre en aquellos

espacios sencillos y silenciosos que muchas veces nadie observa.

Puede ocurrir en una conversación después de un culto. En una llamada inesperada. En una oración junto a una persona que está atravesando dolor. En una visita a un hogar donde una familia necesita esperanza. En el momento en que alguien abre su corazón y descubre que no está caminando solo.

Muchas veces pensamos que el impacto del ministerio se mide por los momentos visibles, pero Dios también obra profundamente a través de esos encuentros personales donde una vida es escuchada, fortalecida y recordada de que la gracia del Señor sigue presente.

El ministerio pastoral tiene una dimensión profundamente humana porque refleja el corazón del Pastor por excelencia: Jesucristo. Él no solamente enseñó verdades eternas desde una posición de autoridad; también caminó entre las personas, conoció sus dolores, escuchó sus preguntas y se acercó a quienes otros ignoraban.

Jesús tocó al enfermo, lloró con los que lloraban, buscó al perdido, restauró al quebrantado y extendió misericordia hacia quienes necesitaban una nueva oportunidad.

Por eso, pastorear no consiste solamente en comunicar correctamente un mensaje; consiste en reflejar el corazón de Aquel que nos llamó.

El pastor está llamado a amar lo que Cristo ama: personas, porque al final, detrás de cada nombre hay una historia,

detrás de cada historia hay una lucha y detrás de cada lucha existe una persona que necesita experimentar la gracia, la verdad y el amor de Dios.

7.4. Aprendiendo que liderar también significa servir

Con los años he comprendido que el liderazgo cristiano es completamente diferente al concepto de liderazgo que muchas veces presenta nuestra sociedad. En muchos ambientes, liderar está asociado al poder, la posición, la influencia o el reconocimiento que una persona puede alcanzar. Se mide por la cantidad de personas que siguen a alguien, por el nivel de autoridad que posee o por la importancia del cargo que ocupa.

Pero el modelo de liderazgo que encontramos en Jesucristo apunta en una dirección completamente distinta, en el Reino de Dios, liderar significa servir, Jesús mismo estableció este principio cuando dijo: "El que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor".

Estas palabras cambiaron completamente la manera de entender el liderazgo espiritual. Cristo, siendo el Señor, no buscó ser servido, sino que entregó su vida por otros. Su autoridad no estaba basada en distancia ni superioridad, sino en amor, humildad y entrega.

Por eso, el pastor no está llamado a colocarse por encima de las personas, sino a caminar en medio de ellas. Está llamado

a conocer sus luchas, escuchar sus historias, compartir sus cargas y acompañarlas en sus procesos espirituales.

Con el paso de los años entendí que muchas veces las personas no recuerdan solamente los sermones que escucharon, sino la manera en que fueron tratadas. Recuerdan si alguien estuvo presente en un momento difícil. Recuerdan si alguien oró con ellas cuando enfrentaban una crisis. Recuerdan si encontraron en su pastor una persona que reflejaba el amor y la paciencia de Cristo.

La autoridad pastoral no nace únicamente de un título, una posición o una responsabilidad asignada. Nace de una vida que busca servir con integridad delante de Dios y de las personas.

Una congregación puede escuchar una buena predicación durante una hora cada semana, pero observa la vida del pastor durante años. Observa cómo responde cuando enfrenta dificultades. Observa cómo trata a quienes no pueden ofrecerle nada a cambio. Observa si aquello que enseña desde el púlpito también se refleja en su manera de vivir.

Por eso, con el tiempo he entendido que el carácter siempre será más importante que la plataforma.

Antes de confiarle a una persona una posición de influencia, Dios trabaja primero su corazón. Antes de entregarle responsabilidades visibles, forma aquellas áreas que nadie observa. Porque el verdadero liderazgo espiritual no se

construye desde arriba hacia abajo, sino desde una vida rendida delante de Dios que aprende primero a servir.

Al final, el mayor ejemplo de liderazgo no está en quienes buscan ser reconocidos, sino en Aquel que tomó una toalla, lavó los pies de sus discípulos y mostró que en el Reino de Dios la grandeza se encuentra en la entrega.

7.5. Las temporadas de cambio también son parte de Dios

A lo largo de mi vida he experimentado diferentes etapas ministeriales. Algunas estuvieron marcadas por momentos de crecimiento, alegría y confirmación; otras fueron temporadas donde Dios me llevó a detenerme, evaluar el camino recorrido y aprender a confiar más profundamente en su dirección.

Cuando estamos sirviendo al Señor, es natural que nuestro corazón se vincule con las personas, con los lugares y con las obras donde hemos invertido tiempo, oración y esfuerzo. La iglesia no es simplemente una actividad que realizamos; es un espacio donde entregamos parte de nuestra vida. Por eso, los cambios ministeriales muchas veces vienen acompañados de preguntas, emociones y procesos internos que solamente Dios conoce completamente.

Surgen preguntas difíciles: ¿Por qué Dios permite ciertos procesos? ¿Por qué algunas puertas que parecían abiertas

finalmente se cierran? ¿Por qué algunas etapas terminan cuando todavía sentimos que podríamos continuar?

Con el paso de los años he aprendido que no todo cierre representa una derrota, ni toda transición significa que algo salió mal. A veces Dios permite que una temporada termine no porque haya perdido el control de la historia, sino precisamente porque Él está guiando hacia una nueva etapa.

Una puerta cerrada no siempre es un rechazo; muchas veces es dirección.

El problema es que nosotros solemos mirar solamente el capítulo que estamos viviendo, mientras que Dios conoce el libro completo. Nosotros vemos una circunstancia puntual; Él ve el propósito eterno. Nosotros podemos sentir la pérdida de algo conocido; Él puede estar preparando algo que todavía no alcanzamos a comprender.

En muchas ocasiones, los cambios de Dios no llegan con explicaciones inmediatas. Primero nos invitan a confiar, y solamente después nos permiten comprender. La fe madura cuando aprendemos a caminar no solamente cuando vemos claramente el camino, sino también cuando descansamos en Aquel que lo conoce por completo.

Cada transición, incluso aquellas que fueron difíciles, terminó siendo parte de la formación de Dios en mi vida. Algunas me enseñaron dependencia. Otras me enseñaron humildad. Otras me obligaron a escuchar nuevamente su voz y recordar que mi identidad no está en una posición, un lugar o una función ministerial, sino en Cristo.

Porque el llamado de Dios no está limitado a una temporada específica.

Él no solamente está presente cuando abre puertas; también está presente cuando nos conduce hacia nuevas etapas.

Y muchas veces aquello que parece el final de un camino, es simplemente el comienzo de una nueva obra que Él ya estaba preparando.

7.6. La iglesia como una misión, no solamente como un lugar

Una de las convicciones que se ha fortalecido profundamente en mí a través de los años es que la iglesia nunca debe entenderse solamente como un lugar donde las personas se reúnen. La iglesia es mucho más que un espacio físico, una programación semanal o una estructura organizada. La iglesia es el pueblo de Dios llamado a participar en la misión que Cristo entregó a sus discípulos.

Una congregación puede tener buenas actividades, una adecuada organización e incluso una hermosa historia, pero si pierde de vista su propósito fundamental, corre el riesgo de concentrarse en mantenerse a sí misma en lugar de avanzar en la misión de Dios.

Por eso, una iglesia saludable no solamente debe preguntarse: "¿Cómo podemos conservar lo que tenemos?", también debe hacerse una pregunta mucho más profunda: "¿A quiénes todavía debemos alcanzar?".

Jesús no llamó a sus discípulos a construir espacios cómodos donde permanecer aislados del mundo. Los llamó a ir, anunciar las buenas noticias, hacer discípulos y ser testigos de su Reino hasta lo último de la tierra.

La iglesia existe para mirar hacia afuera sin perder su identidad, para recibir y formar creyentes, pero también para enviar personas que lleven el evangelio allí donde Dios las ha colocado.

Con el paso del tiempo he comprendido que el ministerio pastoral no consiste solamente en cuidar lo que ya existe. También implica preparar lo que vendrá. El pastor no está llamado únicamente a mantener estructuras, sino a formar personas; no solamente a dirigir actividades, sino a levantar discípulos; no solamente a desarrollar ministerios, sino a equipar creyentes para que cada uno pueda cumplir el propósito de Dios en su vida.

Una iglesia que entiende su misión no depende de una sola generación ni de una sola persona. Busca formar nuevos líderes, desarrollar nuevos servidores y transmitir fielmente la fe para que otros continúen anunciando a Cristo.

Porque la obra de Dios nunca fue diseñada para depender de un solo hombre. Cristo es quien edifica su iglesia, y nuestro privilegio como siervos es participar en esa obra preparando a otros para continuarla.

Esta convicción ha marcado profundamente mi manera de entender el ministerio: la iglesia no existe solamente para reunirse, sino para ser enviada.

No fuimos llamados solamente a ocupar un lugar dentro de una congregación, sino a participar activamente en la expansión del Reino de Dios.

7.7. Cuando Dios abre nuevos caminos

Al mirar mi recorrido ministerial, vuelvo a encontrar una verdad que ha acompañado toda mi vida: Dios siempre ha estado trabajando más allá de mis propios planes y de mi limitada comprensión.

Desde niño pensé que podía imaginar el camino que tendría por delante. Veía el ministerio, la predicación y el servicio al Señor como una dirección clara, pero con el paso de los años descubrí que Dios no solamente estaba interesado en llevarme hacia una tarea; estaba formando en mí el carácter necesario para cumplirla.

Su obra era mucho más amplia de lo que yo podía ver.

Utilizó mi familia para enseñarme el valor de la fe vivida en lo cotidiano. Utilizó la iglesia para formar en mí amor por su pueblo. Utilizó la música para desarrollar sensibilidad y adoración. Utilizó la profesión para enseñarme disciplina, organización y responsabilidad. Utilizó los estudios para profundizar mi comprensión de su Palabra. Utilizó las alegrías para fortalecer mi gratitud y las dificultades para enseñarme dependencia.

Cada etapa, incluso aquellas que parecían desconectadas entre sí, formaban parte de una misma historia escrita por Dios.

Cada temporada tuvo un propósito. Algunas fueron fáciles de comprender mientras las vivía; otras solamente cobraron sentido muchos años después. Hubo momentos donde vi claramente la dirección del Señor, y hubo otros donde simplemente tuve que confiar en que Él seguía guiando aunque yo no pudiera ver el resultado.

Porque Dios nunca desperdicia nada de aquello que entrega o permite en la vida de sus hijos.

Él no desperdicia las lágrimas derramadas en tiempos difíciles. No desperdicia los años de espera. No desperdicia los procesos silenciosos donde parece que nada está ocurriendo. No desperdicia las experiencias que nos forman lentamente, incluso cuando en el momento no entendemos para qué están siendo utilizadas.

El Señor está haciendo algo mucho más profundo que prepararnos para una plataforma, una posición o una responsabilidad ministerial, está formando nuestro corazón, está formando el carácter de Cristo en nosotros, porque al final, la mayor obra de Dios en nuestra vida no es solamente aquello que hacemos para Él, sino aquello que Él transforma dentro de nosotros mientras caminamos con Él.

Cada camino, cada etapa y cada experiencia estaban siendo utilizados por las manos del Maestro para cumplir su

propósito, *mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos.*

7.8. Una nueva etapa de servicio

Al llegar a esta etapa de mi vida, lo hago con profunda gratitud y puedo reconocer una verdad que ha permanecido constante a través de todos los años: Dios ha sido fiel en cada temporada.

Cuando era niño no podía imaginar todo lo que vendría. No podía comprender los caminos por los cuales el Señor me llevaría, ni las experiencias que utilizaría para formar mi vida. Pero hoy, al mirar el recorrido completo, puedo ver una historia marcada por su gracia.

No tengo todas las respuestas sobre el futuro. No conozco todos los desafíos que vendrán ni todos los caminos que todavía tendré que recorrer. Pero sí conozco al Dios que me ha sostenido hasta aquí.

Es el mismo Dios que llamó a un niño en una iglesia bautista del sur de Chile y sembró en su corazón amor por su Palabra. Es el mismo Dios que utilizó una guitarra sencilla y un viejo piano de iglesia para despertar una pasión por la adoración. Es el mismo Dios que permitió una formación profesional aparentemente distante del ministerio, pero que con los años reveló ser una herramienta útil para servir mejor. Es el mismo Dios que me acompañó en los años de estudio, en las responsabilidades familiares, en las alegrías, en las pruebas

y en cada etapa donde fue formando mi carácter. Ese Dios sigue guiando.

El llamado de Dios no está limitado por una edad, una etapa determinada o una posición específica. Mientras haya vida, mientras haya fuerzas y mientras exista una oportunidad de servir, todavía existe propósito en las manos del Señor.

El ministerio no consiste solamente en comenzar bien, sino en permanecer fiel hasta el final. No se trata únicamente de lo que Dios hizo en el pasado, sino también de lo que Él todavía puede hacer en el futuro. La historia continúa.

Todavía hay personas que alcanzar, vidas que acompañar, verdades que enseñar y nuevas generaciones que formar, y la misma gracia que me sostuvo durante todos estos años seguirá sosteniéndome en cada paso que venga, porque al final, mi confianza no está puesta en mis capacidades, mi experiencia o mis logros, sino en Aquel que comenzó la obra y que sigue siendo poderoso para hacer todas las cosas: *mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos.*

CAPÍTULO 8: ARC MINISTRY

"Escribe la visión, y declárala en tablas, para que corra el que leyere en ella" Habacuc 2:2.

8.1. De la predicación al legado: Cuando Dios transforma una voz en un mensaje que permanece

Desde mis primeros años dentro de la iglesia aprendí una verdad que ha acompañado toda mi vida: la Palabra de Dios no fue entregada para ser guardada como un tesoro personal, sino para ser compartida con otros.

De niño observé a mi padre predicar. Lo vi abrir las Escrituras, preparar sus mensajes, estudiar durante horas y esforzarse por comunicar fielmente aquello que Dios había puesto en su corazón. Para mí, en aquellos años, esas escenas formaban parte de la vida cotidiana. No comprendía completamente la responsabilidad que implicaba enseñar la Palabra de Dios, pero estaba observando silenciosamente un modelo de fidelidad que marcaría mi vida.

Con el tiempo entendí que mi padre no solamente estaba preparando sermones; estaba participando en una tarea sagrada: tomar la verdad revelada por Dios y comunicarla de manera que pudiera transformar vidas.

Aquella enseñanza quedó sembrada profundamente en mí. Antes de conocer métodos de interpretación bíblica, antes de

estudiar teología formalmente y antes de comprender la importancia de la comunicación del evangelio, ya había aprendido algo esencial: la verdad de Dios merece ser proclamada con fidelidad, explicada con claridad y compartida con amor.

El Señor fue llevando esa misma pasión por diferentes caminos. Primero estuvo la predicación, aquella responsabilidad de abrir la Biblia delante de una congregación y anunciar el mensaje de Dios. Luego llegó la enseñanza, la oportunidad de formar personas mediante un estudio más profundo y sistemático de las Escrituras. Y finalmente apareció la escritura, una herramienta que permite que un mensaje pueda seguir llegando incluso más allá del momento y del lugar donde fue pronunciado.

Una voz puede alcanzar a quienes están presentes en una sala, pero un mensaje escrito puede continuar viajando hacia personas que nunca conoceremos personalmente, la predicación tiene un momento específico. La enseñanza puede acompañar una generación. Pero aquello que Dios permite escribir puede convertirse en una semilla que continúa dando fruto en otros corazones, por eso, la escritura nunca la he visto simplemente como la elaboración de libros o materiales cristianos. La entiendo como una extensión del mismo llamado que comenzó cuando era niño observando a mi padre con una Biblia abierta en sus manos.

El propósito sigue siendo el mismo: Que Cristo sea conocido, que la Palabra sea comprendida, que las vidas sean transformadas por la gracia de Dios, porque al final, no se

trata de dejar un nombre, una obra o un reconocimiento personal. Se trata de que el mensaje de Dios permanezca cuando la voz del mensajero haya terminado de hablar.

8.2. Una pasión que nació antes de escribir

Nunca imaginé que algún día publicaría libros, aunque la escritura estuvo presente en mi vida mucho antes de que existiera un libro con mi nombre.

Desde mi adolescencia tuve una inclinación natural hacia las palabras y las ideas. Mientras muchos jóvenes encontraban su principal interés en otras actividades, yo pasaba largas horas explorando mundos diferentes: la música, la programación y la escritura.

Nunca fui una persona apasionada por los deportes. El fútbol, que para muchos jóvenes de mi generación era casi una parte esencial de la vida cotidiana, nunca despertó en mí un interés especial. Mi mundo estaba en otros lugares: frente a una guitarra, aprendiendo nuevas melodías; frente a un pequeño computador, descubriendo el fascinante universo de la programación; o con una agenda entre mis manos, escribiendo pensamientos que nacían de mis reflexiones.

Mucho antes de pensar en escribir un libro, ya llenaba páginas con ideas teológicas, reflexiones filosóficas, escritos poéticos, pequeños relatos y pensamientos personales. Eran textos que probablemente nadie más leería, pero para mí representaban una manera de ordenar lo que estaba

aprendiendo, expresar lo que sentía y profundizar en aquellas preguntas que ocupaban mi mente.

En una época donde no existían las herramientas digitales que hoy facilitan la escritura y la publicación, aquellas agendas eran mi espacio de creación. Allí quedaban registradas inquietudes espirituales, reflexiones sobre la vida, ideas acerca de Dios y observaciones sobre el mundo que me rodeaba. Dios ya estaba formando algo en mí.

La misma pasión que me llevaba a estudiar las Escrituras, a escuchar predicaciones, a preparar enseñanzas y a buscar comprender mejor la fe cristiana, también encontraba una expresión natural a través de la escritura.

Ministerio pastoral me llevó al púlpito, descubrí que predicar y escribir nacían de una misma responsabilidad: comunicar fielmente aquello que Dios había puesto en mi corazón a través de su Palabra.

La predicación me permitió compartir el mensaje con una congregación reunida en un lugar específico. La enseñanza me permitió acompañar procesos de formación espiritual. Pero la escritura abrió una nueva posibilidad: que un mensaje pudiera continuar viajando más allá del momento y del lugar donde fue escrito.

Un sermón puede ser escuchado durante unos minutos, pero un libro puede permanecer en las manos de una persona durante meses o incluso años. Puede ser leído en la tranquilidad de una habitación. Puede acompañar una temporada difícil. Puede convertirse en una herramienta de

estudio y reflexión. Puede llegar a alguien que quizás nunca habría entrado a una iglesia.

Escribir no era un camino diferente al ministerio. Era una extensión del mismo llamado que Dios había comenzado a formar desde mi juventud, no nació de un deseo de reconocimiento personal ni de la búsqueda de una plataforma propia, nació de algo mucho más sencillo: el deseo de compartir con otros aquello que Dios me había permitido aprender, porque al final, la responsabilidad del siervo no es buscar que su nombre permanezca, sino procurar que el mensaje de Dios llegue más lejos.

La voz del mensajero es temporal, pero la Palabra que anuncia pertenece a Dios y permanece para siempre.

8.3. La enseñanza como una responsabilidad espiritual

Mientras más he estudiado la Biblia y más años he caminado en el ministerio, más he comprendido la enorme responsabilidad que implica enseñar la Palabra de Dios.

He descubierto que enseñar las Escrituras no es simplemente transmitir conocimientos, compartir opiniones o presentar ideas interesantes. Es una tarea que debe realizarse con reverencia, porque cuando abrimos la Biblia delante de otros estamos tratando con la revelación que Dios mismo ha entregado a su pueblo.

El apóstol Santiago expresó esta responsabilidad con palabras que siempre me han acompañado: *"Amados hermanos míos, no os hagáis maestros muchos de vosotros, sabiendo que recibiremos mayor condenación"* (Santiago 3:1).

Este texto no es una invitación a evitar la enseñanza, sino un llamado a reconocer su peso espiritual. Quien enseña la Palabra asume una responsabilidad delante de Dios, porque no está comunicando simplemente sus propias ideas, sino procurando explicar fielmente aquello que el Señor ha revelado, por eso, cada sermón preparado, cada clase enseñada y cada página escrita debe nacer de una actitud de humildad y dependencia de Dios.

La escritura cristiana no consiste simplemente en producir contenido religioso, no se trata de llenar páginas con pensamientos acerca de Dios, sino de ayudar a otros a encontrarse con la verdad de Dios.

Cuando escribo, intento recordar una enseñanza que aprendí desde niño observando a mi padre predicar: el mensaje nunca nos pertenece.

El predicador, el maestro y el escritor solamente somos administradores de una verdad que nos supera. La Palabra de Dios no necesita ser adornada para tener poder; necesita ser comunicada con fidelidad, por eso, el propósito final de cada enseñanza, cada predicación y cada libro no debe ser que las personas recuerden el nombre del mensajero, sino que puedan conocer más profundamente a Cristo, porque el verdadero éxito de un siervo no está en cuánto logra ser

reconocido, sino en cuánto logra desaparecer detrás del mensaje que le fue confiado. La voz del hombre pasa, pero la verdad de Dios permanece.

8.4. La escritura como una nueva etapa ministerial

Aquella inclinación por escribir que había estado presente desde mi juventud comenzó a tomar una nueva dirección. Lo que durante mucho tiempo había sido una forma personal de expresar pensamientos, reflexiones e inquietudes espirituales, comenzó a transformarse en una herramienta de servicio al pueblo de Dios.

Primero fueron materiales de enseñanza, estudios bíblicos y recursos para acompañar procesos de formación. Luego llegaron los libros. Poco a poco comprendí que la escritura podía convertirse en una extensión del ministerio pastoral, así nació una nueva dimensión de mi llamado.

Comencé a desarrollar devocionales y estudios bíblicos con un propósito muy específico: ayudar a las personas a profundizar en las Escrituras y a descubrir cómo la verdad de Dios puede transformar la vida cotidiana, no se trataba solamente de entregar información bíblica, no se trataba solamente de explicar conceptos teológicos, se trataba de acompañar al creyente en un proceso de crecimiento espiritual, porque detrás de cada página escrita había una preocupación pastoral: que alguien pudiera detenerse, abrir

la Biblia, meditar en la verdad de Dios y permitir que el Espíritu Santo utilizara esa Palabra para formar su corazón.

Cada capítulo escrito comenzó a ser entendido como una conversación, una invitación a reflexionar, un espacio para caminar junto al lector durante algunos momentos de su propia travesía espiritual.

Con esa visión comenzaron a surgir diferentes proyectos de escritura: devocionales basados en libros bíblicos, estudios sobre nuestra identidad en Cristo, reflexiones acerca de la esperanza cristiana, enseñanzas sobre la gracia, la fe y el caminar diario con Dios.

Cada proyecto tenía un mismo propósito detrás, no escribir simplemente para llenar páginas, no publicar simplemente para tener libros, sino poner herramientas en las manos de personas que desean conocer más profundamente al Señor, porque si la predicación busca llevar la Palabra de Dios al corazón de quienes escuchan, la escritura busca llevar esa misma verdad a quienes leen, meditan y buscan crecer en su relación con Cristo, al final, la plataforma puede cambiar, el púlpito puede ser reemplazado por una página, la voz puede transformarse en palabras escritas, pero el propósito permanece: Que Cristo sea conocido y que su Palabra continúe formando vidas.

8.5. Cuando la tecnología vuelve a servir al Reino

Veo una característica constante de la obra de Dios: Él suele preparar herramientas en nuestra vida mucho antes de mostrarnos para qué serán utilizadas.

Aprendí programación, desarrollo de sistemas y el funcionamiento de un mundo tecnológico que en aquellos años recién comenzaba a expandirse. Durante mucho tiempo esa formación estuvo vinculada principalmente a mi vida profesional. Era mi trabajo, mi área de especialización y una parte importante de mi desarrollo personal, en ese momento no podía imaginar cómo aquellas capacidades podrían relacionarse algún día con el ministerio, pero Dios sí lo sabía.

Aquella etapa profesional no había sido un desvío del llamado, sino parte de la preparación. Los conocimientos adquiridos, la disciplina desarrollada y la comprensión de las herramientas digitales comenzaron a encontrar una nueva utilidad: servir para comunicar el evangelio y edificar a otros creyentes.

La misma tecnología que durante años había utilizado para desarrollar sistemas comenzó a convertirse en una herramienta para desarrollar recursos ministeriales.

La creación de sitios web, plataformas digitales, contenidos en línea, materiales de enseñanza y nuevos medios de comunicación abrió posibilidades que generaciones anteriores no tuvieron. Hoy una enseñanza bíblica puede

alcanzar lugares que nunca imaginamos. Un estudio puede llegar a una persona que está al otro lado del mundo. Un devocional puede acompañar a alguien en un momento donde necesita escuchar una palabra de esperanza.

Esto me llevó a comprender que la tecnología, en sí misma, no tiene un propósito espiritual o negativo. Es una herramienta. Y como toda herramienta, su valor depende de las manos en las cuales es colocada, un martillo puede destruir o construir, una herramienta puede ser utilizada para fines egoístas o para servir a otros, por eso, el desafío del creyente no es rechazar los medios disponibles, sino consagrarlos al propósito de Dios.

A lo largo de la historia, el Señor ha utilizado los recursos disponibles de cada generación para extender su mensaje. El apóstol Pablo aprovechó las vías de comunicación y las estructuras del Imperio Romano para llevar el evangelio a nuevas ciudades. De la misma manera, la iglesia de hoy tiene la oportunidad y la responsabilidad de utilizar los medios de su tiempo para anunciar a Cristo. La pregunta no es solamente qué herramientas tenemos, la pregunta es para qué las estamos utilizando.

Porque aquello que alguna vez pareció simplemente una profesión, terminó convirtiéndose en una oportunidad de servicio, lo que comenzó frente a una pantalla y un teclado, Dios lo transformó en una herramienta para comunicar su Palabra, y una vez más puedo reconocer una verdad que atraviesa toda mi historia: Dios nunca desperdicia una etapa de nuestra vida cuando está en sus manos.

8.6. ARC Ministry: una extensión del llamado

Con esa visión nació ARC Ministry, no nació como una marca personal ni como un proyecto orientado a construir una imagen alrededor de un nombre, nació como una expresión del mismo llamado que Dios había estado formando durante toda mi vida: comunicar su Palabra, enseñar las Escrituras y utilizar los recursos disponibles para que más personas pudieran conocer a Cristo.

Muchas áreas de mi historia que durante años parecían independientes comenzaron a encontrarse en un mismo propósito. La predicación, la enseñanza bíblica, la escritura, la creación de recursos digitales y la formación cristiana no eran caminos separados, sino distintas expresiones de una misma responsabilidad que Dios había puesto en mis manos, cada etapa había aportado algo diferente.

La predicación me enseñó la responsabilidad de abrir las Escrituras delante de otros y proclamar fielmente el mensaje de Dios. La enseñanza me permitió acompañar procesos de formación y ayudar a otros a profundizar en la verdad bíblica. La escritura abrió la posibilidad de que un mensaje pudiera continuar llegando más allá del momento y del lugar donde fue compartido. La tecnología, que durante muchos años había formado parte de mi vida profesional, comenzó a convertirse en una herramienta para ampliar el alcance de esos mismos recursos.

Dios no había permitido cada una de esas etapas de manera aislada. Él estaba formando una combinación de experiencias, capacidades y aprendizajes que posteriormente serían utilizados para servir a otros.

Por eso, ARC Ministry no representa un cambio de dirección en mi historia, sino una continuación del camino que Dios había estado trazando desde mucho antes.

El propósito siempre ha sido el mismo: ayudar a las personas a conocer verdaderamente a Jesús y crecer en su relación con Él, no se trata simplemente de producir materiales cristianos, publicar libros o crear contenidos digitales. Detrás de cada recurso existe una convicción pastoral: que la Palabra de Dios sigue teniendo poder para transformar vidas, fortalecer la fe y llevar esperanza a personas que necesitan encontrarse con Cristo.

El ministerio nunca ha estado limitado a un edificio, una plataforma o una determinada forma de comunicación. La misión de Dios siempre ha buscado alcanzar personas allí donde se encuentran.

Jesús enseñó en sinagogas, en casas, junto al mar, en caminos y en lugares donde las personas podían escuchar la verdad del Reino. Él no permitió que las estructuras limitaran el alcance de su mensaje. Su prioridad siempre fueron las personas.

De la misma manera, hoy tenemos nuevas oportunidades para comunicar el evangelio. Una conversación puede convertirse en una instancia de acompañamiento espiritual.

Un hogar puede transformarse en un lugar de discipulado. Un libro puede llegar a alguien que atraviesa una temporada difícil. Una enseñanza publicada en internet puede alcanzar a una persona que está buscando respuestas en la soledad de su propia habitación.

Dios siempre ha utilizado los recursos disponibles en cada generación para cumplir sus propósitos. A través de la historia, el mensaje del evangelio ha sido comunicado mediante diferentes medios: la predicación oral, las cartas, la escritura, la imprenta y hoy también las herramientas digitales.

Los medios pueden cambiar conforme cambia la sociedad, pero la verdad que anunciamos permanece. Las plataformas pueden evolucionar, las formas de comunicación pueden adaptarse y las herramientas pueden multiplicarse, pero la misión sigue siendo la misma que Cristo entregó a su iglesia: anunciar fielmente su Palabra, formar discípulos y llevar a las personas al conocimiento de Jesucristo.

Por eso, cuando miro ARC Ministry, no veo simplemente un proyecto digital o un espacio de publicación. Veo una expresión más del proceso que Dios comenzó hace muchos años: el niño que escuchaba a su padre predicar, el adolescente que escribía sus primeras reflexiones en agendas, el joven que descubría la música y la programación, el profesional que aprendía nuevas herramientas, el pastor que anunciaba la Palabra y el escritor que buscaba dejar un mensaje que pudiera acompañar a otros, todo forma parte de una misma historia, una historia donde Dios ha tomado

experiencias, capacidades, aprendizajes e incluso caminos que parecían desconectados, y los ha utilizado para cumplir sus propósitos, porque al final, el llamado no pertenece a una plataforma, a una institución ni a una herramienta determinada, el llamado pertenece a Dios.

Y mientras Él permita que existan oportunidades para servir, la responsabilidad seguirá siendo la misma: ser fieles administradores del mensaje que hemos recibido, para que Cristo sea conocido, su Palabra sea enseñada con fidelidad y vidas sean transformadas por la gracia de Dios.

8.7. El desafío de dejar un legado

He pensado mucho en la palabra *legado*. Es una palabra que suele asociarse con aquello que una persona deja después de su vida: obras realizadas, reconocimientos obtenidos, proyectos contruidos o un nombre que permanece en la memoria de otros.

Sin embargo, al mirar la vida desde la perspectiva del Reino de Dios, comprendo que el verdadero legado de un siervo no se encuentra principalmente en lo que lleva su nombre, sino en aquello que Dios hizo a través de su servicio.

Un pastor puede olvidar muchos de los sermones que predicó a lo largo de los años. Un escritor puede no recordar cada página que escribió. Un maestro puede no saber cuántas veces una enseñanza compartida llegó más lejos de lo que imaginó. Pero Dios, en su gracia, puede utilizar una

palabra, una reflexión, una conversación o una enseñanza aparentemente sencilla para tocar profundamente la vida de una persona.

Porque el impacto del ministerio nunca depende solamente de la capacidad del mensajero, sino del poder de Dios actuando a través de su Palabra.

Por eso seguimos predicando, enseñando y escribiendo. No porque confiemos en nuestras propias capacidades, sino porque creemos que Dios puede tomar pequeñas semillas sembradas con fidelidad y producir frutos que nosotros quizás nunca llegaremos a ver.

Como expresó el apóstol Pablo: *"Yo planté, Apolos regó; pero el crecimiento lo ha dado Dios"* (1 Corintios 3:6).

Esta verdad ha sido una de las mayores libertades que he aprendido en el ministerio: nuestra responsabilidad es sembrar con fidelidad, pero el resultado final siempre pertenece al Señor.

Quizás algunas palabras que hoy compartimos serán olvidadas. Quizás algunos materiales quedarán guardados en algún lugar. Quizás nunca conoceremos todas las vidas que fueron influenciadas por aquello que Dios nos permitió hacer, pero confiamos en que ninguna semilla sembrada en su nombre es inútil, porque el legado más grande de un siervo de Dios no es que las personas recuerden quién fue, es que, a través de su vida y su servicio, puedan conocer más profundamente a Cristo.

8.8. Seguir aprendiendo para seguir sirviendo

Una de las convicciones que más profundamente se ha afirmado en mi vida con el paso de los años es que la preparación nunca termina. La formación de un siervo de Dios no concluye cuando recibe un título, cuando completa un programa académico o cuando alcanza cierta experiencia en el ministerio. Mientras tengamos la oportunidad de servir, también debemos mantener un corazón dispuesto a seguir aprendiendo.

Después de décadas de caminar con Cristo, sigo teniendo hambre por conocer más de Él y de su Palabra. Sigo estudiando, sigo leyendo, sigo escribiendo y sigo buscando comprender con mayor profundidad las riquezas de las Escrituras.

No lo hago porque piense que ya he alcanzado todo lo que necesito saber, sino precisamente porque los años me han enseñado lo contrario: mientras más conocemos a Dios, más conscientes somos de la grandeza de su verdad y de cuánto necesitamos seguir creciendo.

La Biblia no es un libro que agotamos después de muchos años de estudio. Es la Palabra viva de Dios, una fuente inagotable de sabiduría, corrección, consuelo y dirección para nuestra vida.

Con el tiempo también he comprendido que la madurez espiritual no consiste en llegar a un punto donde creemos tener todas las respuestas, sino en desarrollar una mayor dependencia del Señor. El creyente maduro no es aquel que

deja de aprender, sino aquel que reconoce con humildad que siempre necesita ser enseñado, formado y transformado por Dios.

Por eso, seguir estudiando no es simplemente una disciplina académica.

Es una expresión de amor por Cristo y de responsabilidad hacia aquellos a quienes Él nos permite servir.

Porque si tenemos el privilegio de enseñar la Palabra de Dios a otros, debemos acercarnos a ella primero como discípulos.

Antes de ser maestros, seguimos siendo aprendices, antes de guiar a otros, seguimos siendo guiados por la gracia de Dios, y mientras el Señor permita que continúe sirviendo, mi deseo seguirá siendo el mismo: conocer más profundamente a Cristo para poder compartirlo con mayor fidelidad.

Esa misma disposición a seguir aprendiendo me llevó a enfrentar una nueva etapa de mi vida y ministerio, distinta a todas las anteriores.

8.9. La formación nunca termina

Una de las mayores tentaciones que puede enfrentar una persona después de muchos años de servicio es llegar a pensar que ya ha alcanzado el punto donde no necesita seguir creciendo. La experiencia puede convertirse en una falsa sensación de suficiencia; podemos creer que porque hemos caminado muchos años con Cristo, porque hemos predicado numerosos sermones o porque hemos atravesado

diferentes temporadas ministeriales, ya conocemos todo lo que necesitamos conocer.

Sin embargo, una de las verdades que más profundamente he aprendido es que Dios continúa formando a sus hijos hasta el último día de sus vidas. El Señor nunca termina su obra en nosotros, porque antes de utilizarnos para servir a otros, continúa trabajando en nuestro propio corazón.

El llamado pastoral no es solamente una responsabilidad que recibimos; es también un proceso permanente de transformación. Dios no solamente prepara nuestras capacidades, sino que forma nuestro carácter. Antes de usar nuestras manos para servir, trabaja nuestras motivaciones. Antes de entregarnos responsabilidades, trata con nuestras debilidades. Antes de permitirnos enseñar a otros, continúa enseñándonos a nosotros.

La madurez espiritual no consiste en llegar a un punto donde creemos tener todas las respuestas, sino en reconocer con mayor profundidad cuánto dependemos de la gracia de Dios. El verdadero siervo nunca deja de ser discípulo.

Por eso, una de las convicciones más profundas que tengo hoy es que nunca debemos abandonar la disposición de aprender. Debemos seguir creciendo en el conocimiento de las Escrituras, seguir permitiendo que Dios transforme nuestro carácter y seguir buscando maneras de servir con mayor fidelidad.

Porque la humildad de un siervo no se demuestra cuando piensa que ya llegó, sino cuando reconoce que todavía necesita ser formado por el Maestro.

Y mientras Dios nos permita caminar con Él, siempre habrá algo más que aprender, algo más que entregar y algo más que crecer para la gloria de su nombre.

8.10. Una nueva etapa de preparación

Después de muchos años de caminar en el ministerio, Dios volvió a llevarme nuevamente a una etapa de formación académica. Volver a estudiar teología después de haber recorrido años de servicio pastoral fue una experiencia completamente diferente a la primera vez que me acerqué al estudio formal de las Escrituras.

Cuando era joven, estudiaba buscando adquirir herramientas que me permitieran servir mejor al Señor. Había en mí un deseo profundo de prepararme para el llamado que Dios había puesto en mi corazón, de comprender la Biblia con mayor profundidad y de aprender todo aquello que pudiera ayudarme en el ministerio.

Pero ahora la experiencia era distinta. No llegaba solamente como un estudiante que buscaba conocimiento, sino como alguien que venía con años de caminar junto a personas reales, con alegrías compartidas, con momentos difíciles, con decisiones pastorales, con preguntas nacidas de la vida

ministerial y con una comprensión más profunda de la responsabilidad que significa enseñar la Palabra de Dios.

Cada clase, cada libro leído, cada conversación académica y cada reflexión bíblica tenían una nueva dimensión. Ya no se trataba solamente de aprender conceptos, sino de profundizar en verdades que debían seguir transformando mi propia vida y fortaleciendo mi servicio hacia otros.

La formación teológica dejó de ser únicamente una preparación para el ministerio; se convirtió en una renovación del llamado. Me recordó que el pastor no es alguien que llega a un punto donde deja de necesitar formación, sino un discípulo permanente de Cristo que continúa siendo moldeado por su Palabra.

Uno de los mayores peligros para un siervo de Dios es pensar que la experiencia puede reemplazar la dependencia del Señor. Podemos acumular años de servicio, responsabilidades y conocimientos, pero siempre seguimos necesitando volver a las Escrituras con un corazón humilde y dispuesto a aprender.

Porque la Palabra de Dios nunca se agota. No porque su mensaje cambie, sino porque nosotros seguimos siendo transformados cada vez que nos acercamos a ella con humildad.

Cada nueva etapa de estudio me recuerda una verdad sencilla, pero profunda: antes de ser maestros, seguimos siendo discípulos.

Y mientras el Señor me permita servir, mi deseo seguirá siendo ese: conocer más profundamente a Cristo para anunciarlo con mayor fidelidad.

8.11. Un ministerio que busca multiplicarse

El ministerio no consiste solamente en predicar delante de una congregación. Aunque la proclamación de la Palabra ocupa un lugar central en el llamado pastoral, el propósito de Dios siempre ha sido mucho más amplio: formar discípulos que puedan continuar llevando adelante la misión de Cristo.

Jesús no vino solamente a comunicar enseñanzas; vino a formar vidas. Durante su ministerio terrenal invirtió tiempo en un grupo de hombres a quienes llamó, enseñó, corrigió, acompañó y preparó para que después fueran enviados a anunciar el evangelio. Su objetivo no era simplemente que escucharan sus palabras, sino que fueran transformados y capacitados para continuar la obra.

Esa visión comenzó a marcar profundamente mi manera de entender el servicio pastoral. Un pastor no solamente debe cuidar y alimentar a la congregación que Dios le ha confiado en el presente; también debe preparar a quienes continuarán la misión en el futuro. Parte fundamental del liderazgo espiritual consiste en formar nuevos líderes, enseñar a otros a enseñar y entregar herramientas que puedan seguir edificando vidas más allá de la presencia directa del ministro.

Una de las mayores responsabilidades de un siervo de Dios es invertir en otros aquello que el Señor primero ha depositado en él. El conocimiento bíblico, la experiencia ministerial y las enseñanzas recibidas no deben quedarse acumuladas en una sola persona, sino ser compartidas para que puedan multiplicarse en la vida de otros creyentes.

Por eso, la escritura, la enseñanza digital, los recursos bíblicos y los diferentes proyectos ministeriales comenzaron a adquirir un significado especial dentro de mi servicio. No nacieron simplemente como iniciativas para comunicar contenidos, sino como herramientas para extender la enseñanza y alcanzar personas que quizás nunca tendrían la oportunidad de escucharla de otra manera.

Al final, el propósito nunca ha sido producir más materiales, sino multiplicar el mensaje.

Porque el verdadero fruto del ministerio no se mide solamente por aquello que hacemos personalmente, sino también por aquello que Dios continúa haciendo a través de las vidas que hemos tenido la oportunidad de formar.

8.12. ARC Ministry: una herramienta para compartir la Palabra

En esta nueva etapa de mi vida y ministerio, la visión de ARC Ministry comenzó a tomar una forma más clara, no nació como una plataforma centrada en una persona ni como un proyecto orientado a buscar reconocimiento, sino como una

herramienta de servicio, una manera de poner a disposición de otros aquello que Dios había permitido formar durante años, y muchas áreas que habían acompañado mi historia podían integrarse en un mismo propósito. La tecnología que había aprendido durante mi vida profesional, la escritura que había desarrollado desde mi juventud, la enseñanza bíblica y la experiencia pastoral comenzaron a encontrarse en una misma dirección: comunicar la verdad de Dios y ayudar a otros en su caminar con Cristo.

El deseo era sencillo, aunque profundamente significativo: que más personas pudieran acercarse a la Palabra de Dios, que creyentes pudieran profundizar en su fe y que aquellos que tienen hambre espiritual encontraran recursos que los ayudaran a crecer en su relación con el Señor.

Vivimos en una época donde las personas están expuestas constantemente a innumerables voces, opiniones y enseñanzas que compiten por su atención. En medio de esa realidad, la iglesia tiene una responsabilidad aún mayor: anunciar nuevamente la verdad de Dios con claridad, fidelidad y amor, mostrando que el evangelio de Cristo continúa siendo relevante para cada generación.

Las herramientas utilizadas para comunicar el mensaje pueden cambiar con el paso del tiempo. Los formatos pueden adaptarse a nuevas realidades y los medios pueden evolucionar según las necesidades de cada época. Sin embargo, la esencia del mensaje permanece inalterable, porque no depende de la plataforma utilizada, sino de la verdad que proclamamos.

Y esa verdad sigue siendo la misma que ha sostenido la historia de la iglesia durante siglos: Jesucristo es el centro, Él sigue siendo la esperanza del ser humano, Él sigue siendo la respuesta.

8.13. Una nueva etapa pastoral

Al llegar a esta etapa de mi vida, comprendo con mayor claridad que Dios todavía continúa abriendo caminos y formando a sus siervos. Después de tantos años de preparación, servicio, aprendizajes y procesos, el deseo que nació en mi juventud permanece profundamente arraigado en mi corazón: servir al Señor y ser útil en sus manos.

El ministerio nunca debe ser visto como un espacio que buscamos ocupar, sino como una responsabilidad que recibimos delante de Dios. No se trata de alcanzar posiciones, sino de responder con obediencia al llamado que Él nos ha dado. No se trata de buscar reconocimiento personal, sino de permanecer fieles a Aquel que nos llamó. No se trata de construir un nombre propio, sino de exaltar el nombre de Cristo, porque al final, todo ministerio que pierde de vista a Cristo pierde también su propósito.

Cada generación enfrenta desafíos particulares, y la iglesia de nuestro tiempo necesita hombres y mujeres que amen profundamente las Escrituras, que comprendan la realidad en la que viven y que sean capaces de comunicar el evangelio con fidelidad y claridad, necesita pastores que no solamente conozcan la Biblia, sino que permitan que la Palabra

transforme su propia vida, pastores que no solamente puedan enseñar la verdad, sino que tengan un corazón dispuesto a vivirla. Pastores que no solamente hablen acerca de Cristo desde un púlpito, sino que procuren reflejar el carácter de Cristo en sus decisiones, relaciones y servicio cotidiano.

Una de las mayores convicciones que tengo es que el desafío pastoral sigue siendo el mismo: permanecer cerca de Dios para poder acompañar correctamente a las personas, la iglesia no necesita solamente comunicadores capaces, necesita siervos formados por la gracia de Dios, hombres que entiendan que antes de guiar a otros, deben continuar siendo guiados por Cristo, y esa sigue siendo mi oración para esta nueva etapa: que el Señor pueda seguir formando mi vida, ampliando mi comprensión de su Palabra y utilizando lo que soy y lo que tengo para cumplir sus propósitos.

8.14. Mirando hacia adelante

Cuando pienso en los años que vienen, reconozco que no conozco todos los detalles del camino que Dios tiene por delante. La experiencia me ha enseñado que nuestros planes son siempre limitados y que muchas veces el Señor nos conduce por caminos que no habríamos elegido por nosotros mismos. Sin embargo, hay algo que puedo afirmar con absoluta confianza: el mismo Dios que me ha guiado hasta aquí seguirá acompañándome en cada etapa que venga.

Él fue fiel cuando era un niño y comenzó a formar en mí un amor por su Palabra. Fue fiel durante mi juventud, cuando sembró la convicción del llamado pastoral en mi corazón. Fue fiel cuando recorrí caminos profesionales que en ese momento no comprendía completamente. Fue fiel al permitirme formar una familia, enfrentar responsabilidades, atravesar dificultades y aprender en medio de cada temporada. Fue fiel durante los años de servicio ministerial y continúa siendo fiel mientras abre nuevos caminos delante de mí.

Cuando tenía diecisiete años pensaba que entendía cómo sería mi futuro. Creía conocer la ruta que debía seguir y esperaba que el cumplimiento del llamado tuviera una forma determinada. Pero con el paso de los años descubrí que Dios tenía una historia mucho más amplia que mis propios planes.

Pensé que el ministerio comenzaría cuando pudiera ingresar formalmente a una preparación teológica, pero Dios ya estaba formando al pastor desde mucho antes, a través de mi familia, la iglesia, las experiencias de servicio y cada una de las etapas que me permitieron crecer.

Pensé que algunos períodos eran solamente esperas, pero Dios los estaba utilizando como preparación. Pensé que ciertos caminos parecían alejarnos del propósito inicial, pero Él los estaba convirtiendo en herramientas que serían útiles para el futuro.

Nada estuvo fuera del cuidado de Dios. Cada etapa, cada aprendizaje y cada experiencia fueron parte de una obra que Él estaba realizando con paciencia.

Por eso, al contemplar el futuro, no lo hago confiando en mis propias capacidades ni en lo que pueda lograr por mí mismo. Lo hago descansando en la fidelidad de Aquel que me ha sostenido hasta aquí, como expresó el apóstol Pablo: *"Por la gracia de Dios soy lo que soy"* (1 Corintios 15:10).

Esa verdad resume mi historia. No soy el resultado únicamente de mis capacidades, mis decisiones o mis esfuerzos. Soy el resultado de la gracia de un Dios que toma vidas imperfectas, las forma con paciencia y las utiliza para cumplir sus propósitos.

Y si algo he aprendido después de tantos años de caminar con Cristo es esto: el futuro puede ser incierto para nosotros, pero nunca está fuera de las manos de Dios, el mismo Señor que comenzó la obra seguirá llevándola adelante.

8.15. Hasta que Él complete la obra

La historia continúa, al mirar hacia adelante, comprendo que todavía queda mucho camino por recorrer. Todavía hay mucho que aprender de la Palabra de Dios, muchas personas a quienes acompañar, muchas verdades que enseñar y muchas oportunidades de servicio que el Señor puede abrir en el futuro.

Mientras Dios permita que exista vida, también existe propósito. El llamado no termina porque pasan los años, ni la formación concluye porque acumulamos experiencia. Seguimos siendo discípulos de Cristo, seguimos siendo moldeados por su gracia y seguimos dependiendo completamente de Él.

Por eso, mi oración no es simplemente tener más años de ministerio, sino vivir esos años con mayor fidelidad. No deseo solamente realizar más actividades para Dios, sino continuar siendo una persona transformada por Dios. Porque antes de preguntarnos cuánto podemos hacer para el Señor, debemos recordar que lo más importante es cuánto permitimos que Él haga en nosotros.

El mayor privilegio de un siervo no consiste solamente en tener la oportunidad de servir al Señor, el mayor privilegio es pertenecerle, saber que nuestra vida está en sus manos y que cada etapa, cada experiencia y cada proceso pueden ser utilizados para sus propósitos, esa ha sido la historia que ha sostenido mi vida: La historia de un Dios fiel que nunca abandonó su obra, la historia de una gracia inmerecida que me sostuvo en cada temporada, la historia de una vida imperfecta que el Señor decidió tomar en sus manos para formar, enseñar y utilizar, y mientras sigo caminando hacia lo que viene, descanso en la misma verdad que me ha acompañado desde el principio: Dios todavía está obrando. Él continuará formando aquello que comenzó, y llevará su obra hasta completarla, porque *Él ha hecho, y seguirá haciendo, mucho más abundantemente de lo que pedí o entendí.*

EPÍLOGO

"Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros..."

Efesios 3:20

Mucho más abundantemente: una historia que todavía Dios sigue escribiendo

Al llegar al final de estas páginas, descubro que en realidad nunca he estado contando solamente mi propia historia. Más profundamente, he estado contando la historia de un Dios fiel que ha estado presente en cada etapa, incluso en aquellas temporadas donde yo no podía comprender lo que estaba haciendo.

Existe la tentación de ordenar nuestra vida como si todo hubiera sido únicamente el resultado de nuestras decisiones, nuestros esfuerzos y nuestra capacidad de perseverar. Sin embargo, con los años he aprendido que la vida no se comprende solamente desde aquello que nosotros hicimos, sino desde aquello que Dios fue formando en nosotros.

Hubo momentos en que no entendí sus procesos. Hubo etapas donde parecía que el llamado tardaba demasiado en cumplirse. Hubo temporadas en las que ciertas experiencias parecían simplemente circunstancias de la vida, sin imaginar

que Dios estaba utilizando cada una de ellas para moldear mi carácter, ampliar mi comprensión y preparar mi servicio.

Hay una línea que atraviesa toda mi historia. Puedo ver al niño que creció entre Biblias abiertas, enseñanzas de su padre y campañas evangelísticas, donde comenzó a formarse un amor profundo por la Palabra de Dios. Puedo ver al adolescente que descubrió el gozo de servir a Cristo mediante la predicación y la música. Puedo ver al joven que experimentó la convicción del llamado pastoral en aquel retiro de jóvenes en Lican Ray y que comenzó a comprender que su vida tenía un propósito más grande que sus propios planes.

También puedo reconocer al estudiante que recibió el consejo sabio de su padre y aprendió que los tiempos de Dios también forman parte de su voluntad. Puedo ver al profesional que descubrió disciplina, liderazgo y responsabilidad en el mundo laboral; al esposo y padre que comprendió que antes de cuidar una iglesia debía aprender a cuidar su propia familia; al estudiante que volvió a sentarse en un aula para profundizar en las Escrituras; y al pastor que entendió que el ministerio no se trata de posiciones, reconocimientos o títulos, sino de servir al pueblo de Dios con humildad y dependencia del Señor.

Todos ellos forman parte de una misma historia.

No fueron caminos separados. No fueron años perdidos. No fueron interrupciones del propósito de Dios. Fueron

herramientas que Él utilizó en sus manos para formar una vida y preparar un servicio.

Muchas veces pensamos que Dios solamente trabaja en los momentos espirituales más evidentes: un llamado, una predicación, una experiencia de adoración o una respuesta de fe. Pero al mirar mi propia historia comprendo que Dios también estaba obrando en los días comunes, en las responsabilidades cotidianas, en los desafíos laborales, en las decisiones familiares y en aquellas temporadas donde simplemente intentaba cumplir con lo que tenía delante.

Dios estaba formando mi carácter mientras aprendía una profesión. Estaba desarrollando capacidades mientras enfrentaba responsabilidades laborales. Estaba enseñándome dependencia mientras atravesaba temporadas de cansancio y estaba preparando mi corazón mientras yo procuraba responder fielmente a cada responsabilidad que tenía delante.

Porque Dios no solamente prepara una tarea; primero prepara a la persona que realizará esa tarea.

Con los años también aprendí que el ministerio no consiste en llegar a un punto donde finalmente estamos preparados y ya no necesitamos seguir creciendo. Al contrario, mientras más conocemos al Señor, más comprendemos cuánto dependemos de su gracia.

Un pastor no es alguien que llegó a la meta, sino alguien que continúa caminando junto a otros hacia Cristo. No es alguien que posee todas las respuestas, sino alguien que ha

aprendido dónde encontrar la verdadera respuesta. No es alguien que sirve porque tiene fuerzas propias, sino alguien que reconoce diariamente que depende completamente del Señor.

Al mirar mi recorrido, una de las mayores convicciones que permanece en mi corazón es que Dios nunca desperdicia una etapa. Incluso aquello que en algún momento parecía distante del ministerio terminó formando parte de la preparación que Él estaba realizando.

La informática, los años de trabajo, los estudios, las responsabilidades familiares, los desafíos personales y cada experiencia vivida fueron utilizadas por Dios para construir una visión más amplia del servicio cristiano. Hoy comprendo que el pastorado no se edifica solamente con conocimiento teológico, aunque este es indispensable, sino también con lágrimas, aprendizajes, errores, procesos y relaciones. Se construye caminando junto a personas reales y descubriendo, una y otra vez, que todos necesitamos desesperadamente la gracia de Dios.

Si algo quisiera dejar como testimonio al terminar este libro es precisamente esto: la gracia de Dios siempre ha sido mucho más grande que mis capacidades.

Él ha hecho mucho más abundantemente de lo que yo podía pedir o imaginar. No porque mi historia sea extraordinaria, sino porque Él es extraordinario. No porque yo haya sabido siempre qué camino tomar, sino porque Él supo guiarme incluso cuando yo no entendía. No porque haya tenido todas

las respuestas, sino porque Él permaneció fiel aun en medio de mis preguntas.

Cuando miro hacia adelante, todavía veo mucho camino por recorrer. Todavía hay mucho que aprender, muchas personas que necesitan escuchar la esperanza del evangelio y nuevas generaciones que necesitan ser formadas en la verdad de la Palabra de Dios. Mientras el Señor permita vida, también habrá propósito, porque el mismo Dios que comenzó la obra continúa llevándola adelante.

La historia no termina aquí.

Continúa en las manos de Aquel que ha guiado cada etapa.

Por eso, al mirar mi pasado con gratitud y mi futuro con esperanza, solamente puedo hacer mías las palabras del apóstol Pablo: *"A Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos..."* (Efesios 3:20).

A Él pertenece la gloria, a Él pertenece la historia, a Él pertenece mi vida, y mientras Él me permita servirle, mi oración seguirá siendo la misma: *Señor, úsame para tu gloria.*

Efesios 3:20-21

Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros, a él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén.

Cuando no se indica otra fuente,
las citas bíblicas
corresponden a la versión:
Reina Valera 1960

© 2026 Álvaro Rubilar Campos.
Todos los derechos reservados

OTROS TÍTULOS



<https://alvarorubilar.cl>

